

INTRODUCCIÓN (a la edición en castellano)

En *La sociedad excluyente* yo expongo un contraste entre el mundo incluyente del período de posguerra de la década de 1950 y 1960, con el más excluyente orden social de la Modernidad tardía, en el último tercio del siglo XX y más allá, posteriormente. La *Golden Age* de Eric HOBBSBAWN de elevado empleo, seguridad en el puesto de trabajo, matrimonio y comunidad estables se contrasta con una sociedad posterior más insegura y dividida. En tanto que la *Golden Age* aseguraba arraigo social, marcada seguridad para las biografías personales y sociales, como también el deseo de asimilar al desviado, al inmigrante y al extranjero, la Modernidad tardía ha generado tanto una inseguridad económica como ontológica, cuanto una discontinuidad de las vidas personales y sociales, a la vez que una tendencia excluyente respecto del desviado.

En mi investigación yo he sido cada vez más crítico respecto de las varias explicaciones de este proceso en el que la exclusión social ha sido presentada como una clase de proceso hidráulico, en el cual los vínculos de la inclusión han resucitado dejando atrás a los indigentes y a los irresponsables, sin referencia alguna para encarar el antagonismo y el conflicto social (p. ej., WILSON, 1987; Social Exclusion Unit, 1999). Además, he intentado demostrar que tal separación fue invariablemente construida como un binario de inclusión/exclusión, en el cual el excluido vive dentro de un área espacialmente segregada como moral y socialmente inconfundible (ver la crítica en YOUNG, 2002).

Para mi ha sido desde el comienzo claro que semejante dualismo fue desacertado, pues sólo es el reflejo de la sabiduría convencional del sujeto, sin llegar a captar adecuadamente el terreno social y espacial de la ciudad de la Modernidad tardía, ni tampoco las dinámicas de los actores que la atraviesan. Lo que más bien hace es sugerir barreras y divisiones, exagerando incorrectamente su eficacia y solidez; equivoca la retórica de la realidad, y procura imponer severas separaciones en una ciudad de la Modernidad tardía con borrosas demarcaciones y mezclas. Además, tampoco aprehende la intensidad de la inclusión —el afán de venganza— ni el apasionado resentimiento del excluido, mientras al mismo tiempo diseña un cuadro distante y demasiado tranquilo de los ciudadanos afortunados: los incluidos.

LOS LÍMITES DE LA BULIMIA

Los límites físicos, sociales y morales son permanentemente superados en la Modernidad tardía. Ellos se transgreden como consecuencia de los movimientos individuales, de la movilidad social, de la coincidencia de valores y de los problemas existentes a ambos lados de cualquier demarcación, como también a causa de la tremenda incursión de los medios de comunicación que abarcan toda la ciudad y presentan imágenes globales a todo el mundo sin excepción, mientras al mismo tiempo crean comunidades virtuales de identidades comunes, traspasando así considerables barreras en el espacio. Los límites son superados, los límites cambian, los límites se borran y son traspasados.

Por lo tanto, el excluido socialmente no existe en alguna "otra parte" espacial, social o moral de la sociedad más amplia. Al sugerir esto no se está diciendo que no existan las barreras físicas. El tráfico automotor está a menudo siempre programado, de modo tal que para limitar ciertas partes de la ciudad, el sistema de transportes deja todo el trazado urbano dislocado del resto, y existen comunidades cerradas tanto en las partes afortunadas como en las desdichadas de la ciudad. Lo dicho no es para negar que una característica de la sociedad tardomoderna sea el establecimiento de barreras de exclusión. Tampoco es para sugerir que las divisiones culturales están fijadas en sociedades impulsadas por falsas ideas y prejuicios. El dis-

curso acerca de la exclusión social con su estructura binaria es en sí mismo parte de la tentativa de construir distinciones y barreras morales. Más bien hay que decir que tales parámetros físicos son exagerados; que las comunidades virtuales establecidas por los medios de comunicación trascienden fácilmente las demarcaciones físicas; y, que los valores son compartidos con una mayor amplitud de lo que los teóricos del aislamiento social sugerirían.

El lenguaje binario de la exclusión malinterpreta la naturaleza de la Modernidad tardía. En ésta se expresa un mundo en el cual los límites se hacen borrosos, donde las culturas se entrecruzan, se hacen híbridas y se fusionan, donde la globalización cultural fracasa, donde las comunidades virtuales pierden sus amarras en el espacio y en sus localizaciones. La ciudad tardomoderna es una de límites borrosos y, por el contrario, fue la sociedad *fordista* de la Modernidad la que tuvo una estructura segregada, una división del trabajo en áreas especializadas, una Chicago de anillos concéntricos. Ahora los límites se desdibujan: el aburguesamiento se produce en las zonas urbanas, la desviación tiene lugar en los suburbios. Éste es un mundo de globalización y no de separación, el cual hace menos claras las no muy estrictas líneas de la demarcación; es culturalmente un mundo de híbridos y no de linajes, de menores y no de mayores diferencias; la gran disminución de la comunidad física y el crecimiento de su homóloga virtual significan que para una clase social subalterna es imposible existir separadamente.

Una vez más hay que decir que nada de esto sirve para sugerir que las fuerzas consistentes de la exclusión no existan, pero el proceso que se verifica no es el de una sociedad de simple exclusión. Antes bien, este proceso es uno en que ambas, la inclusión y la exclusión se producen simultáneamente; esto significa que se trata de una sociedad bulímica, en la cual la masiva inclusión cultural está acompañada por una exclusión sistemáticamente estructural. Se habla de una sociedad que posee tanto una corriente centrífuga como otra centrípeta; o sea, que absorbe y rechaza. Permítaseme señalar primero toda la serie de instituciones que chocan contra el proceso de inclusión: los medios de comunicación, la educación de masas, el mercado de consumo, el mercado de trabajo, el Estado de bienestar, el sistema político, el sistema de justicia criminal. Cada una de éstas lleva consigo una noción de valores universales, de nociones democráticas de igualdad y recompensa, de tratamiento acorde con las circuns-

tancias y el mérito. Cada una de éstas se ha expandido a lo largo del siglo y ha estado acompañada por un continuo aumento de la noción de ciudadanía, equilibrando así más y mayores partes de la población en términos de edad, clase, género y raza. Al mismo tiempo, en el período que corresponde a la Modernidad tardía, tanto los medios de comunicación, como la educación de masas, cuanto los mercados de consumo y de trabajo, han crecido de forma manifiesta. Cada una de estas instituciones no se presenta entonces como una vigorosa defensora de la ciudadanía incluyente, sino que paradójicamente se revela como el lugar mismo de la inclusión. El mercado de los consumidores propaga una ciudadanía de consumo feliz, aun cuando la habilidad de gastar (eventualmente la de entrar) en el centro comercial esté severamente limitada; el mercado laboral incorpora más y más población (el ingreso de las mujeres asalariadas es el primer ejemplo), pese a que, como Ander GORZ (1999) lo ha subrayado tan astutamente, cuando el trabajo es visto como una primera virtud de la ciudadanía, bien pagado, seguro y significativo, en cambio, está restringido a una reducida minoría. El sistema de justicia criminal es, en los papeles, un dechado de igualdad en derechos, un auténtico camafeo de nociones neoclásicas de igualdad de los ciudadanos frente a la ley, y de necesidad de una “democrática” desconfianza aun cuando, en práctica, la actuación policial en las calles se manifieste tendenciosamente predispuesta en términos de raza y clase social (ver MOONEY y YOUNG, 2000). La política es una constante exclamación por la radio y la televisión, los medios de comunicación hablan en nuestro nombre por el “bien común”, y por el hombre o la mujer “promedio”; todavía alardean y entrevistan al ciudadano de a pie con regularidad, aun cuando la vasta mayoría de la gente se siente manifiestamente excluida de la toma de decisiones políticas. En efecto, aun las minúsculas minorías de miembros más activos de los partidos políticos se sienten con frecuencia impotentes y sin influencia. La educación de masas se constituye como la mayor cinta de transmisión de las ideas meritocráticas; se configura como terreno en el que se cimenta la igualdad de oportunidades aun cuando, tal como los teóricos de las subculturas, como Albert COHEN y Paul WILLIS lo han señalado, sus estructuras sirven para reproducir las divisiones de clase y para exacerbar los resentimientos. Por último, los medios de comunicación desempeñan un papel central. Han crecido inmensamente y ocupan una considerable parte de la vida disponible; por ejemplo, en 1999 la persona media en

Inglaterra y Gales ha visto veintiséis horas de televisión, ha escuchado diecinueve horas la radio cada semana, y ha leído por sobre todo periódicos de circulación masiva y revistas. Esto supone que un 40 por 100 de cada vida disponible se gasta en ver la televisión o escuchar la radio, creciendo hasta un 60 por 100 del tiempo libre si la persona tiene la suerte suficiente de poseer un puesto de trabajo. Cuanto más bajo estén ubicados los ciudadanos en la estructura de clases —el sector más socialmente excluido, si se prefiere—, es cuando más atienden a los medios de comunicación. Por consiguiente, la inclusión cultural es paradójicamente inversa a la inclusión estructural

Con base en lo indicado, quisiera sugerir que es la naturaleza bulímica de las sociedades tardomodernas lo que ayuda a explicar la naturaleza y el tenor del descontento que se manifiesta en el fondo de la estructura social. Esta manifestación está simplemente arraigada en la contradicción que se expresa entre las ideas que legitiman el sistema y la realidad de la estructura que lo constituye. Pero las tensiones entre las ideas y la realidad existen únicamente a causa de la manifiesta y general conciencia de ellas. Tanto el enfado punitivo del honesto como el violento resentimiento del excluido se producen porque las líneas demarcatorias son borrosas, porque los valores están compartidos y el espacio traspasado, porque las mismas contradicciones de recompensas y ontología existen en toda sociedad, porque las almas de aquellos que están dentro y de los que están fuera de la "minoría satisfecha" se encuentran lejos de ser diferentes, pues comparten los mismos deseos y pasiones, y sufren las mismas frustraciones, ya que no hay seguridad en el lugar ni certeza de ser y porque las diferencias no son esencias, sino meras entonaciones de las magnitudes menores de la diversidad.

La verdadera intensidad de las fuerzas de la exclusión se manifiesta en un resultado de fronteras que se atraviesan regularmente antes que de límites herméticamente sellados. Ningún tipo de orden social sería tan traspasado con el delito ni tan dispuesto a endemonizar o a ridiculizar al otro. Existe una exclusión mucho más "infructuosa"; en ella los límites y las fronteras son ineficaces, pues crean resentimientos pero no producen exclusividad. Los "excluidos", bien ellos lo sean física o virtualmente, pasan regularmente a través de las fronteras; ellos sienten la injusticia, ellos *conocen* la desigualdad, mientras aquellos suficientemente afortunados para ser "incluidos" no hacen parte de la "cultura de la satisfacción", a la cual alude

→ inclusión cultural ≠ inclusión estructural

divinamente John GALBRAITH, sintiéndose bastante inseguros respecto de sus buenas suertes, confusos acerca de sus identidades, inciertos en torno a sus posiciones del lado de la línea que corresponde a la inclusión.

ATRAVESANDO LA LÍNEA DE FRONTERA

Yo he argumentado contra el uso de binarios, contra el discurso corriente de la exclusión social que se opone a la imagen del ciudadano incluido, el cual se siente satisfecho, seguro y ontológicamente convencido en relación a los excluidos miembros de las clases subalternas, carentes de todos estos rasgos positivos. He criticado la noción de la ciudad dual, dentro de la cual las líneas divisorias no se atraviesan y cada parte del binario habitable diferencia universos morales. Nada de esto descarta las exclusiones verdaderamente reales que transmiten las sociedades tardomodernas y los sistemas que producen estigmatización, y otros que caracterizan estas relaciones. Mas, semejante intensidad de la exclusión —como los pertinentes resentimientos de los excluidos— es impulsada por las semejanzas de valores y la transgresión de los límites. El mundo de la Modernidad tardía rechaza la separación, tal como ávidamente establece barreras. La globalización no significa nada, sino implica la transgresión, pero de un mundo más cerrado y la reducción de las diferencias culturales. ¿Con qué frecuencia hay que decir que la Modernidad tardía no tiene líneas estrictas de demarcación? Aún en las ciudades más étnicamente segregadas de Occidente —como Washington, Philadelphia y Los Ángeles— las barreras son diariamente infringidas por la movilidad del trabajo y la omnipresente penetración de los medios de comunicación. Los valores de la mayoría constituyen la vida normativa de la minoría y generan la bulimia que abastece su descontento. El mayor elemento común de las clases subalternas —su sobreidentificación con los valores del consumismo y el hedonismo— es determinado como el objetivo involuntario para el resentimiento de los incluidos. Cada faceta de sus conductas reproduce las restricciones cotidianas de los excluidos. Sin embargo, también en ello hay fascinación como asimismo produce aversión y temor. La cultura de la clase subalterna, con su masculinidad compensatoria, recurre a la violencia y al individualismo rampante e imprime acentuaciones a la cultura en general y así influencia el

cine, la moda y la música popular. Las calles escriben el guión y el guión describe las calles. Las fronteras son transgredidas, los límites son atravesados, los centros comienzan a asemejarse a los márgenes, tal como éstos a aquéllos.

Noviembre de 2002.

Jock YOUNG

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- GORZ, A. (1999): *Reclaiming Work: Beyond the Wage-Based Society*, Cambridge, Polity Press.
- MOONEY, J., y YOUNG, J. (2000): «Policing Ethnic Minorities», en B. LOVEDAY y A. MARLOW (eds.), *Policing After the Stephen Lawrence Inquiry*, Lyme Regis, Russell House.
- SOCIAL EXCLUSION UNIT (1999): *Bringing Britain Together: A National Strategy for Neighbourhood Renewal*, London, The Stationery Office.
- WILSON, W. J. (1987): *The Truly Disadvantaged*, Chicago, Chicago University Press.
- YOUNG, J. (2001): «Identity, Community and Social Exclusion», en R. MATTHEWS y J. PITTS (eds.), *Crime, Disorder and Community Safety*, London, Routledge.
- (2002): «Crime and Social Exclusion», en M. MAGUIRE, R. MORGAN y R. REINER (eds.), *The Oxford Handbook of Criminology*, 3.^a ed., Oxford, Clarendon Press.

INTRODUCCIÓN

(a la edición original, en inglés)

Este libro se ocupa de la dificultad y de la diferencia. Traza el rápido desenlace de la fábrica social del mundo industrializado en el último tercio del siglo xx, describiendo el aumento del individualismo y de las demandas por una igualdad social que crecieron por detrás de las fuerzas del mercado, las cuales han impregnado y transformado cada rincón y cada ranura de la vida social. También el libro apunta la lenta pero permanente erosión del respeto que se produce en la política, la vida pública, la clase escolar o en la familia. Todo esto constituye un movimiento que va de una sociedad de inclusión, caracterizada por la estabilidad y la homogeneidad, a otra de exclusión atravesada por el cambio y la división. En este último mundo moderno la exclusión se produce en tres niveles: la exclusión económica en los mercados del trabajo, la exclusión social entre la gente de la sociedad civil y las siempre expansivas actividades excluyentes del sistema de justicia criminal y la seguridad privada.

Vivimos un tiempo en el que han ocurrido masivos cambios estructurales, tales como: variaciones fundamentales en el mercado laboral, primario y secundario; los modelos de empleo han sido creados en una vasta escala; las pautas de trabajo de las mujeres se han modificado radicalmente; el desempleo estructural se ha difundido en vasta escala; las comunidades se han desintegrado; las nuevas comunidades han surgido en contextos multiculturales; los patrones del tiempo libre se han reestructurado de forma manifiesta; los modelos del espacio social han sido redefinidos; las agencias del Estado

han sufrido transformaciones sistemáticas y han sido revaluadas por el público. Mas estos cambios estructurales han estado acompañados por un cambio cultural no menos dramático. Así, los modelos del deseo se han transformado; la aldea global engendrada por los medios de comunicación se ha convertido en algo más presente en la realidad; los antiguos patrones de recompensa y esfuerzo han sido redefinidos; el individualismo institucionalizado ha impregnado ciertas áreas de la vida social que habían sido sacrosantas hasta ahora; el lenguaje natural del mercado ha desafiado y amenazado las meta-narraciones de la socialdemocracia y de la Modernidad. Así las cosas, todo esto —los más amplios cambios estructurales y culturales— debe ser relacionado con el mayúsculo salto dado por el delito y las incivildades, como con el debate sobre las reglas y los modelos que actualmente experimentamos.

Estamos viviendo en un mundo de muchas más dificultades; enfrentamos un mayor ámbito de opciones vitales como nunca lo fue antes, nuestras vidas están menos arraigadas en el trabajo y las relaciones, nuestras existencias cotidianas experimentan una serie de encuentros con el riesgo tanto en la realidad cuanto en la forma del miedo y los temores. Nos sentimos tanto materialmente inseguros como ontológicamente precarios. Por lo demás, hemos venido a habitar un mundo de enormes diferencias; las reglas varían de año en año y entre grupos en toda la sociedad. Los medios de comunicación de masas se han convertido en un elemento llave en nuestras vidas; mediando relaciones configuran importantes encuentros cara a cara. Perdemos una cantidad desorbitada de tiempo, quizá entre treinta y cuarenta horas por semana, frente a las televisiones, escuchando la radio, leyendo periódicos. Por consiguiente, tanto la dificultad como la diferencia, el riesgo como el debate acerca de las reglas, constituyen el alimento de los medios. Cada día, los contornos normativos de nuestra sociedad, en los programas de entrevistas, telenovelas, informativos o noticias de deporte, son discutidos en el más íntimo detalle. En ninguna época de la historia humana ha sido perdido tanto tiempo en la autorreflexión pública, ni en ninguna otra tanta gente escudriñó a los demás, ni tampoco cada matiz normativo ha sido tan comedidamente examinado.

En semejante existencia urbana la tendencia es que las actitudes se conviertan en cautelosas y calculadoras, indiferentes y actuariales. Las dificultades son para ser evitadas, las diferencias para ser acep-

→ miedo

→ inseguridad

→ individualismo

→ precariedad

→ riesgo

→ frustración

tadas pero mantenidas a distancia, aunque no se permite que afecten la seguridad o la calma de uno. Sin embargo, al mismo tiempo que se produce semejante retraimiento de la opinión, se produce otra contradictoria actitud. Por la precariedad material y ontológica constituye una tierra fértil para el moralismo y la proyección sobre otros. La culpa social y las recriminaciones rebotan a través de la estructura social en asuntos tales como: las madres solteras, las clases subalternas, los negros, los jóvenes viajeros, los yonquis, los drogadictos; la aguja da vueltas y apunta hacia alguna parte vulnerable de la comunidad a la que podemos imputar una culpa para luego endemoniarla. En este nuevo mundo de la exclusión cualesquiera políticas radicales deben abordar los problemas básicos de la justicia y de la comunidad que son las causas arraigadas de la inseguridad material y ontológica experimentada por toda la población. La siempre presente tentación, políticamente hablando, es aquella de la nostalgia para intentar dar marcha atrás hacia el mundo incluyente de los años 1950 y 1960. Pero el territorio ha cambiado irremediamente y las oportunidades que se nos presentan deben ser bienvenidas antes que encaradas con horror. Es el mapa de ese territorio, y la ruta a través de él, lo que constituye el objetivo de este libro.

... desde un mundo cuyo acento estaba en la asimilación y la incorporación, hasta uno que separa y excluye. Yo sostendré que es un mundo donde las fuerzas del mercado que transformaron las esferas de producción y consumo, han desafiado implacablemente nuestras aserciones de seguridad material y valores no cuestionados. Tanto unos como otros han sido reemplazados por un mundo de riesgo e incertidumbre, de opciones individuales y pluralismo de una precariedad profundamente arraigada, tanto económica como ontológica. Este es un mundo donde el desarrollo de la justicia empezó a degradarse; el paso del progreso parecía detenerse. Sin embargo, es una sociedad impulsada no solamente por una inseguridad progresiva, sino también por demandas crecientes. Ello así, pues las mismas fuerzas del mercado han hecho que nuestra identidad sea precaria y nuestro futuro poco seguro, generando, asimismo, un aumento constante en nuestras expectativas como ciudadanos y, lo que es más importante, han engendrado un profundo sentido de reivindicaciones frustradas y deseos no cumplidos.

En segundo término, quiero destacar los cambios dramáticos que pudimos notar en los niveles del dólar y en el de la naturaleza de

1. DE UNA SOCIEDAD DE INCLUSIÓN A OTRA DE EXCLUSIÓN

Mi tarea en este capítulo tiene tres objetivos: primero, seguir la transición que ha tenido lugar entre la Edad de Oro de la postguerra, desde la Primera Guerra Mundial, hasta los años de crisis del fin de la década de los sesenta en adelante. Es un movimiento que va de la Modernidad a la Modernidad tardía, desde un mundo cuyo acento estaba en la asimilación y la incorporación, hasta uno que separa y excluye. Yo sostendré que es un mundo donde las fuerzas del mercado que transformaron las esferas de producción y consumo, han desafiado implacablemente nuestras nociones de seguridad material y valores no cuestionados. Tanto unos como otros han sido reemplazados por un mundo de riesgo e incertidumbre, de opciones individuales y pluralismo; de una precariedad profundamente arraigada, tanto económica como ontológicamente. Éste es un mundo donde el desarrollo de la justicia empezó a degradarse; el paso del progreso parecía detenerse. Sin embargo, es una sociedad impulsada no solamente por una inseguridad progresiva, sino también por demandas crecientes. Ello así, pues las mismas fuerzas del mercado han hecho que nuestra identidad sea precaria y nuestro futuro poco seguro, generando, asimismo, un aumento constante en nuestras expectativas como ciudadanos y, lo que es más importante, han engendrado un profundo sentido de reivindicaciones frustradas y deseos no cumplidos.

En segundo término, quiero destacar los cambios dramáticos que tuvieron lugar en los niveles del delito y en el de la naturaleza de

la desviación y el desorden a consecuencia de los cambios materiales que ocurrieron tanto dentro de la esfera de la producción y el consumo, o la transición que, por lo menos metafóricamente, se ha conocido como el movimiento que va del fordismo al postfordismo (ver LEA, 1997). Es importante que las líneas de la causalidad entre los cambios en el trabajo y el ocio, los niveles y la naturaleza del delito, el impacto sobre el aparato para el control de este delito y, eventualmente, la criminología, sean al menos claras, por la razón que los criminólogos persistentemente intentan desmontarlas. De esta manera, aquellos que estén ubicados en posiciones de derecha frecuentemente intentan sugerir que los niveles del delito no tienen ninguna relación con los cambios en el trabajo y el ocio, sino que están arraigados en las áreas supuestamente autónomas de la crianza de los niños, en el uso de drogas o en un mundo que libremente flota en los valores morales. Mientras, aquellos que son de posiciones de izquierda, repetidamente intentan sugerir que los cambios en el encarcelamiento, las pautas en el control social, el actuarialismo emergente, etc., son decisiones políticas o de directivos no relacionados con el problema del crimen. De hecho, su hilo crítico está a menudo basado en un desmentido manifiesto de cualquier relación. Tanto desde la derecha, como desde la izquierda, se tiende, entonces, a rebajar de nivel la criminología de ellos (de los otros), en el cual ésta, al menos, está afectada por el mundo externo más allá del mundo académico.

Por último, quiero subrayar cómo estos cambios, aunque surgen en todo el mundo desarrollado, ocurren en circunstancias específicas. El contraste que quiero señalar aquí es el que existe entre la situación material y cultural en Europa Occidental y aquella que se constata en EEUU; es decir, la disparidad entre el sueño europeo y el sueño americano.

La brújula falla

ERIC HOBSBAWM, en *The Age of Extremes* (1994), precisa los cambios extraordinarios que se han desarrollado en el último tercio del siglo xx. La Edad de Oro de Europa y de América de la postguerra era un mundo de pleno empleo y de una afluencia que crecía a un ritmo constante, habiendo sido testigo de la incorporación paulatina

de la clase obrera en por lo menos una parte del esplendor de una ciudadanía plena, de la entrada de la mujer de una forma más completa en la vida pública y en la vida laboral, y del intento en los Estados Unidos de crear una igualdad política para los afroamericanos. Era una época de inclusión, de riqueza y de aceptación. Sin embargo, como lo define sardónicamente HOBBSAWM, esta Edad de Oro fue seguida por la revolución cultural de los últimos años de la década de 1960 y de los de la de 1970, con el aumento del individualismo, de la diversidad, y de una vasta deconstrucción a gran escala de los valores aceptados. Un mundo que aparentaba ser seguro, fue reemplazado por otro en el que imperaba el pluralismo, el debate, la controversia y la ambigüedad. Y, mientras, los comentaristas sociales de comienzos de los años 1960 habían lamentado la conformidad de la época, los años subsiguientes experimentaron un desorden generalizado, una revuelta y un incremento de delito, a pesar del crecimiento en los ingresos medios y las más que comprometidas iniciativas para tramar socialmente una sociedad satisfecha y ordenada. Era un mundo en el cual los comentaristas de todas las posiciones políticas hablaban del fallo "de la brújula", pues cada una de las aparentes instituciones ciertas de la sociedad —la familia, el trabajo, la nación, y aún la abundancia en sí misma— fueron cuestionadas.

Pero, dediquemos un momento a observar el mundo de la postguerra, es decir, el mundo antes de la gran transición. Tomo de mi estantería dos libros, ambos *Penguins*, bastante amarillentos, ambos emanando certeza y seguridad, el primero publicado en 1962, el segundo en 1967. El primero está escrito por Ronald FLETCHER y versa sobre la familia, el famoso *Britain in the Sixties: The Family and Marriage*. Él escribe:

«Frecuentemente... se ha dicho que el divorcio ha estado creciendo continuamente durante las últimas décadas. Esta declaración es, simplemente, no cierta... las cifras sobre el divorcio no muestran que haya *de hecho* cualquier descenso en la estabilidad de la familia. En realidad, alrededor de 93 por 100 de los matrimonios no terminan en los juzgados de familia. En 1950 el porcentaje aproximado de matrimonios que terminaron en divorcio fue de 7,3. Efectivamente, el "análisis cohorte" de divorcios recientemente presentado por Griselda

Rowntree y Norman Carrier parece sugerir... que el índice de divorcios podría descender aún más en el futuro» (1962, pp. 136 y 142) *.

FLETCHER especula sobre una cifra del 3 por 100. Su creencia en la estabilidad es tan apasionada que posteriormente cita los descubrimientos de Geoffrey GORER, quien dice:

«la generación más joven — aquellos que sean menores de 24 años — son tan estrictos como sus mayores en sus opiniones sobre lo que es un comportamiento sexual deseable e indeseable. Todos los indicios indican que las morales sociales de los ingleses han cambiado muy poco en este siglo» (1955, p. 82) **.

El segundo libro es el de Michael STEWART, *Keynes and After*. En aquel entonces STEWART era profesor adjunto en Economía Política en University College London, Consejero del Ministerio de Economía y Hacienda, y de la Oficina del Consejo de Ministros, y Principal Consejero Económico de 10 Downing Street ***.

Algunas personas... predijeron que la Segunda Guerra Mundial, tal como la primera, sería seguida por un auge temporal que daría

* *N. del T.*: cita originaria del autor, traducida al castellano «frequently ... it is said that divorce has been continually increasing during the past few decades. This statement is simply not true ... the figures of divorce do not show that there is *in fact* any decline in the stability of the family. Actually something like 93% of marriages do not end in the divorce court. In 1950 the estimated percentage of marriages terminated by divorce was 7.3. Indeed the 'cohort analysis' of divorce recently presented by Griselda Rowntree and Norman Carrier seems to suggest ... that the rate of divorce may well decline still further in the future.» (1962, pp. 136, 142).

** *N. del T.*: cita originaria del autor, traducida al castellano «the younger generation — those under 24 — are just as strict in their views of desirable and undesirable sexual behaviour as their elders. There seems every reason to believe that the social morals of the English have changed very little in the present century.» (1955, p. 82).

*** *N. del T.*: cita originaria del autor traducida al castellano «Some ... predicted that the Second World War, just like the First, would be followed by a temporary boom which gave way to a prolonged depression. But such worries and sceptics were proved totally wrong. Full employment has been maintained year in and year out. Since the War unemployment has averaged 1 $\frac{3}{4}$ %. This is a good performance even by the apparently optimistic standards laid down during the War by Beveridge, who said that if unemployment could be kept down to 3% the country would be doing very well. By the standards of the inter-War period, when unemployment averaged about 13%, the achievement is monumental. Moreover this achievement has not been confined to Britain... In fact in no highly developed country has there been anything remotely like a recurrence of the unemployment of the 1930s.» (1967, pp. 186-187).

paso a una crisis económica prolongada. Pero se probó que estas preocupaciones y estos escépticos estaban equivocados. El pleno empleo se ha mantenido de un año para otro. Desde la guerra el desempleo ha sido alrededor de $1\frac{3}{4}$ por 100. Esto es un buen rendimiento sobre todo teniendo en cuenta los valores optimistas establecidos durante la Segunda Guerra por Beveridge, quien dijo que si el desempleo podía mantenerse en un 3 por 100 el país iría muy bien. Para los niveles de la época de entreguerras, cuando el desempleo era aproximadamente un 13 por 100, el logro era monumental. Lo que es más, éste logro no sólo se ciñe a Gran Bretaña... De hecho, en ningún país altamente desarrollado se ha dado cualquier atisbo de una reaparición del desempleo de los años de 1930 (1967, pp. 186-187) ****.

Y concluyó:

«Sean cuales sean las calificaciones, el hecho básico es que... los días de desempleo masivo e incontrolable en los países industriales avanzados ya se han acabado. Puede que exista la amenaza de otros problemas económicos; éste, por lo menos, ha pasado a la historia» (1967, p. 299).

La Edad de Oro era una época en la cual los dos sectores gemelos de la sociedad, el trabajo y la familia, encajaban juntos como un sueño funcionalista: el sitio de la producción y el sitio del consumo, una dualidad keynesiana de suministro y demanda, ambos dependientes el uno del otro, pero subrayada por una aceptada división del trabajo entre los sexos y todo profundamente asegurado por la siempre creciente garantía de riqueza. Los coches eran cada vez más y más grandes, así como las cocinas. Era una época de inclusión, de prosperidad y de conformidad. Los rebeldes ya no tenían causas, los adolescentes se cortaban el pelo más y más corto, y soñaban en hacer encuentros con chicas o chicos y, en la escuela o el colegio: los *Everly Brothers* sonaban en la radio. Los comentaristas sociales de la época no se quejaban del crimen ni de la delincuencia, sino de la conformidad y la aceptación; GALBRAITH satirizaba *The Affluent Society* (1962), Vance PACKARD ridiculizó *The Status Seekers* (1960), RIESMAN (1950) habló de "otro americano dirigido", mientras

**** N. del T.: cita originaria del autor, traducida al castellano «Whatever the qualifications, the basic fact is that ... the days of uncontrollable mass unemployment in advanced industrial countries are over. Other economic problems may threaten; this one, at least, has passed into history.» (1967, p. 299).

William WHYTE trazó las vidas cuidadosas y suburbanas de *The Organisation Man* (1960), y de su mujer y de su familia. Fue una época cuando Betty FRIEDAN (1960) se atrevió a pensar: "¿es esto lo único que existe?" (énfasis en el original), mientras llevaba a los niños desde la casa a la escuela, y de ésta a los *Guides* *, y de nuevo a casa.

Era un mundo de consenso con un núcleo de valores que se centraba alrededor del trabajo y de la familia. Era un mundo de inclusión; un mundo satisfecho consigo mismo, donde el énfasis estaba puesto en la asimilación de franjas más y más anchas de la sociedad (la clase baja trabajadora, las mujeres o la juventud), o de los inmigrantes que se integraban en una sociedad monocultural. Era un mundo donde el proyecto de la Modernidad se juzgaba a un palmo del éxito.

El paradigma de la modernidad: un mundo satisfecho consigo mismo

El proyecto de la Modernidad ha involucrado, a lo largo del siglo xx, una masiva incorporación de la población en la ciudadanía total. Un contrato social de esta índole está basado sobre una noción de una ciudadanía, no meramente de derechos formales, pero sí de una incorporación substancial a la sociedad. Tomando prestados los términos del famoso ensayo de T. H. MARSHALL (1950), la ciudadanía debería conceder no solamente derechos legales y políticos, sino también derechos sociales, tales como: un mínimo de empleo, ingresos, educación, salud y vivienda. En estos términos, el pleno empleo y los ingresos altos de las economías del mundo occidental en el período de la postguerra hasta la recesión estaban bien encaminados hacia el alcance de la ciudadanía total para la mayor parte de la población. Estoy plenamente advertido, empero, que existen considerables bolsas de pobreza extrema, de la existencia continua de masivas desigualdades sociales y de las contradicciones engendradas por una sociedad del bienestar como ésta (ver OFFE, 1984), como, asimismo, del hecho que era un pleno empleo masculino al que en realidad se hacía referencia, aunque esto no nos concierne

* N. del T.: los *Guides* son grupos de jóvenes que más vulgarmente se conocen como los *Boy Scouts* (jóvenes exploradores).

aquí. Lo que sí es importante es que las políticas de consenso de la época, claramente sostenidas por los partidos mayoritarios, veían a la sociedad en términos de un contrato social que envolvía la gran mayoría de los adultos. Examinemos las premisas más importantes del paradigma de la Modernidad como un discurso que relaciona el delito y la desviación con la ciudadanía normal.

1. *La ciudadanía resuelta*: la larga marcha de la ciudadanía o está resuelta, o está al borde de serlo. La incorporación de los negros y de las mujeres a la plena ciudadanía, en el sentido formal de la igualdad legal y política, está acompañada por el logro de una igualdad social para la gran mayoría de los ciudadanos.

2. *El Estado intervencionista*: el papel del Estado es intervenir para poder alcanzar poco a poco una justicia social como parte de una metanarrativa del progreso. Es keynesiano en cuestiones económicas y fabiano en sus políticas sociales. Los dos pilares gemelos de la Modernidad son la *Rule of Law* y el Estado del bienestar, los cuales están representados por la teoría legal neoclásica y las nociones sociopositivistas de planificación, respectivamente. El Estado protege y el Estado distribuye.

3. *El orden social absolutista*: la gran mayoría de los ciudadanos acepta el orden social existente como el mejor de los mundos posibles. El desempleo es bajo, el nivel de riqueza es el más alto en la historia de la Humanidad y el ingreso medio ha crecido anualmente desde la Guerra. El orden social es contemplado no sólo como justo, sino como obviamente de interés para todos: las principales instituciones del trabajo, la familia, la política democrática, el sistema legal y la economía mixta son aceptadas sin mayor cuestionamiento. Las normas son contempladas en términos absolutos: son obvias, claramente delimitadas y sin impugnar. El fin de la ideología está al alcance de la mano y los valores occidentales representan el punto final del progreso humano.

4. *El racional ciudadano conformista y el desviado determinado*: la gran mayoría de las personas son racionales y ellas abrazan libremente el consenso de los valores. Las excepciones son una pequeña minoría de delincuentes profesionales y un mayor, pero aún pequeño, número de criminales y desviados que están determinados por circunstancias psicológicas y sociales. La criminalidad y la disensión racional a gran escala que fue posible antes de los avances modernos de la ciudadanía, dejan de existir. El criminal racional, el espectro

que está presente en el trabajo de BECCARIA, ya no constituye una considerable amenaza o posibilidad. La gente, por lo general, no escoge la desviación, es impulsada hacia ella.

5. *La limitada explicación de la causalidad*: la causalidad está reservada para aquellos que se desvían; la explicación de, o la conformidad a las normas absolutas es, obviamente, no problemática; la etiología es, después de todo, solamente necesaria cuando las cosas van mal. La desviación ocurre a causa de problemas que se encuentran no tanto en el presente, cuanto en el pasado: la explicación de la causalidad tiene lugar y se localiza frecuentemente dentro de la familia. La noción de grupos socialmente distinguibles y mensurables que ocupan espacios identificables, está reemplazada por la del individuo como átomo, un producto aleatorio con un pasado familiar inusual. Las clases peligrosas de la pre-Modernidad se convierten, en la Modernidad, en el individuo desviado; no es hasta la Modernidad tardía que el paria en el espacio y en lo social reaparece con más vigor dentro del concepto de la clase subalterna.

6. *El Estado que asimila*: el papel del Estado del bienestar es asimilar al desviado, desde las zonas limítrofes al cuerpo principal de la sociedad. Para este fin aparece y se crea un conjunto de expertos, especializados en el uso del lenguaje terapéutico para el trabajo social, el consejo, la psicología clínica y las disciplinas positivistas relacionadas.

En ningún sitio existía una sociedad incluyente tan desarrollada como en el Estado del bienestar de Europa Occidental, la cual involucraba al ciudadano desde la cuna hasta la tumba, insistiendo en una ciudadanía social total así como legal y políticamente completa; esto ocurrió en Alemania, en Francia, en los países escandinavos y los del Benelux. Si las décadas posteriores hicieron que el sueño americano fuera caprichoso y lánguido, en Europa los acontecimientos produjeron el comienzo de una pesadilla.

El "otro" desviado en la sociedad incluyente

Ésta no es una sociedad que aborrezca al "otro", ni lo considere como un enemigo externo, sino más bien le ve como alguien que debe ser socializado, rehabilitado y curado hasta que él o ella sean como "nosotros". La mirada de la Modernidad ve al otro no como

algo extraño, pero como algo o alguien que carece de los atributos del observador. También carece de civilización, o de socialización o sensibilidades. Es como una cámara que está tan extrañamente constituida que sólo puede sacar negativos del fotógrafo.

El “otro” desviado es, por consiguiente:

- una minoría;
- distinto y objetivo;
- constituido como careciendo de valores que son absolutos y no impugnables. De hecho, impugnarse a sí mismo es normalmente un signo de falta de madurez o sensibilidad;
- ontológicamente confirmante en vez de amenazante. Nuestra propia seguridad en los valores es confirmada cuando vemos la precariedad de aquellos que carecen de nuestros niveles;
- sujeto a los objetivos de asimilación e inclusión. Los discursos tanto penales como terapéuticos son, por lo tanto, para la integración. Los criminales “pagan sus deudas con la sociedad” y luego son readmitidos, el drogadicto es curado de su enfermedad, al adolescente aberrante se le enseña a adaptarse a una sociedad acogedora;
- alguien que se enfrenta con barreras, para marginados, que son penetrables: ellos alientan a una ósmosis cultural de aquellos menos socializados hacia los más socializados.

Desde una sociedad incluyente a otra excluyente

La revolución cultural fue seguida por una crisis económica; como escribió HOBBSAWM: «La historia de los veinte años después de 1973 es la de un mundo que se desorientó y deslizó hacia la inestabilidad y la crisis» (1994, p. 403). Los dos procesos, la revolución cultural del individualismo y la crisis económica que ha reestructurado el mercado laboral del mundo industrial avanzado están a menudo unidos, pero son distintos. De este modo, aquellos que son de izquierda, como David HARVEY (1989), tienden a subrayar la crisis económica y a usar 1973 como el punto de inflexión, mientras que aquellos que son de derecha, como James Q. WILSON, hacen hincapié en el cambio cultural y fechan con anterioridad tal punto de inflexión.

Otros autores, como el mismo Eric HOBBSAWM, resuelven el problema consignando cada proceso a un capítulo diferente sin conec-

tarlos intelectualmente. Y, de hecho, son dos cosas separadas, representando cambios radicales en ambas esferas del orden: en la del trabajo y en la de la comunidad, las cuales, sin embargo, como veremos, también están conectadas en el sentido que los cambios en ambas se deben a las mismas fuerzas del mercado que transformaron el Primer Mundo, en la última parte del siglo xx. La revolución cultural, por supuesto, precedió a la crisis económica, así como también lo hizo el incremento en la tasa de criminalidad, el cual empezó en la mayor parte de los países industriales avanzados antes de principios de los años 1970 y luego dicha tasa continuó creciendo, a menudo a un ritmo más acelerado, según se empezó a sentir la recesión económica.

Si en el primer momento de los años 1960 y 1970 se sintió el incremento del individualismo, la creación, si así se quiere denominar, de zonas de exclusión personal, el deshacerse de las tradiciones de la comunidad y la familia, entonces el segundo momento duró a lo largo de los años 1980 y 1990, e involucró un proceso de exclusión social. Esto supuso un proceso con dos partes, que afectó, en primer lugar, la transformación y la separación del mercado laboral y un incremento enorme del desempleo estructural, y en segundo lugar, la exclusión que surgió de los intentos de controlar el delito, el cual a su vez emergió de circunstancias tan cambiadas y de la naturaleza excluyente del comportamiento antisocial en sí mismo.

La transición desde la Modernidad a la Modernidad tardía puede verse como el movimiento de una sociedad *incluyente* a otra *excluyente*¹. Es decir, desde una sociedad cuyo énfasis estaba en la asi-

¹ Zygmunt BAUMAN ha argumentado que el episodio más excluyente de la historia moderna europea, el Holocausto, es un producto directo de la Modernidad: «Propongo tratar el Holocausto como una prueba rara, sin embargo, significativa y fiable, de las posibilidades escondidas en la sociedad moderna» (1989, p. 12). La eficacia burocrática de la operación, la industrialización de la matanza, aun las ideas eugénicas que sustentaban la tragedia eran parte íntegra de las ideas modernas, separables de las circunstancias específicas de Adolf Hitler y el Tercer Reich. En cuanto a la historia más reciente, Nils CHRISTIE (1993) alegó que la cárcel-*gulag* de los tiempos presentes, particularmente en los Estados Unidos, representa una manifestación contemporánea de dichas tendencias inherentes a la Modernidad. BAUMAN está quizás menos seguro de esta conexión, y habla de una "solución totalitaria sin un Estado totalitario" (1995, p. 205) con respecto al período presente y, de los campos de Hitler, como «una invención moderna aun cuando fue usada para el servicio de movimientos

milación e incorporación, a otra que separa y excluye. Esta erosión del mundo incluyente de la época de la Modernidad, denominado

antimodernos» (*ibid.*, p. 206). La distinción entre el fascismo y la democracia liberal debe ser reiterada claramente, así como se ha hecho con la conexión entre los valores del Iluminismo y las estructuras industriales y organizativas concomitantes, aunque no coincidentes, con la Modernidad. Los ideales del Iluminismo eran radicalmente incluyentes. Aún más, tal como Todd GITLIN (1995) indicó enérgicamente, estaba pensado que dichos ideales debían asegurar inclusión e igualdad a pesar de las diferencias.

Las exclusiones del fascismo (y del estalinismo) y de las democracias liberales de hoy en día son, por tanto, de una naturaleza diferente. El período incluyente de la postguerra, al cual se ha aludido en este Capítulo, indica lo que fue, hasta cierto grado, un punto elevado de la historia de la democracia liberal, el cual involucra la creciente base política y económica de la ciudadanía. Pero, era una inclusión que no reconocía diferencias, pues éstas se convirtieron en desviaciones de valores absolutos. Lo cierto es que consiguió alcanzar un alto porcentaje de inclusión, pero a costa de la diversidad. La exclusión, cuando se produjo, estuvo, asimismo, en un nivel muy alto; el "totalitarismo" del período de la postguerra estaba de acuerdo con ella: es decir, contra el deseo de todos y cada uno. La sociedad excluyente que la siguió estuvo mucho más preparada para aceptar diferencias y para excluir. Diversidad en la "forma de vida" es un ideal, pluralismo cultural, un valor atesorado; la exclusión está basada no en las diferencias, sino en el riesgo. La sociedad aceptable es, por tanto, diferenciada y la que no se acepta es la que excluye gradualmente. Tenemos, si se desea, una sociedad que abarca desde diferencias en índice de créditos hasta diferencias de una confirmada peligrosidad.

La época moderna se vio a sí misma en el buen camino para resolver el problema de una comunidad de intereses, pero no podía hacer frente a la diferencia de identidad; la tardía época moderna exalta las diferencias, pero no puede hacer frente a las diferencias de intereses materiales que existen entre los ciudadanos. El problema está en la contradicción fundamental de la democracia liberal, es decir, entre un sistema que se legitima en cuanto a igualdad de oportunidades y recompensas por méritos, pero que a su vez no es igual y enormemente no meritocrático en su estructura. En los Estados Unidos, por ejemplo, el 1 por 100 de los individuos son dueños de un tercio de la riqueza y a grandes sectores de la población se les niega el acceso al mercado de trabajo primario. Ésta es una situación totalmente criminógena que genera la posibilidad de encarcelamientos masivos. El aumento actual en la población carcelaria sigue creciendo sobre la base del incremento crónico del delito que tuvo lugar en todo el mundo occidental en la tardía época moderna. Esto constituye un resultado directo del incremento de la tasa de una privación relativa junto con un individualismo acrecentado, todo lo cual ha sido engendrado por las economías de mercado contemporáneas. De esta manera, esto es, en esencia, el resultado de la "destradicionalización" de la sociedad moderna (ver BECK, 1992, y GIDDENS, 1991). La gente ya no está preparada para aceptar su lugar en la jerarquía social o de poner intereses colectivos por encima de intereses individuales sin cuestionárselo. El pegamento que mantuvo unida una situación injusta y opresiva ha empezado a perder sus poderes de adherencia. El proceso de exclusión que ha llegado a su personificación en el *gulag* norteamericano es, por tanto, un producto muy del momento actual de la democracia liberal y del desarrollo contemporáneo de la Modernidad tardía. Es

por HOBBSAWM como "La Edad Dorada", consistía en procesos de desagregación tanto en la esfera de la comunidad (el auge del individualismo) como en la esfera del trabajo (la transformación de los mercados laborales). Ambos procesos son el resultado de las fuerzas del mercado y su transformación por los actores humanos involucrados. Nos incumbe aquí intentar explicar en detalle, por muy esquemático que ello pueda ser, los vínculos entre los cambios en las relaciones del mercado que ocasionan el viraje y al final subrayan los cambios, con los conceptos y las expectativas de ciudadanía, las cuales, a su vez, han transformado el desarrollo contemporáneo de la criminalidad y su control.

La tendencia más fundamental es el conocido, aunque fuertemente debatido, movimiento entre las formas de producción *fordista* y *postfordistas*. En la época de la postguerra el *fordismo* involucraba una enorme producción estandarizada; empleo masculino casi exclusivo, un considerable sector manufacturero, formidables burocracias jerarquizadas, un cuantioso mercado laboral primario con puestos de trabajo seguros y perspectivas de carreras profesionales ajustadas a modelos, empleos claramente definidos, políticas gubernamentales corporativas y un masivo consumo de productos bastante uniforme. El mundo del trabajo era paralelo a la esfera del ocio y de la familia, subrayado por la división del trabajo entre los sexos; la familia se transformó en el entorno del consumo, en ella se disfrutaba de un estilo de vida acomodado, constituyendo el ámbito de la demanda esencial del *keynesianismo*. Asimismo, la familia se encuentra de frente a una selección de bienes de consumo estandarizados que no para de crecer, con la cual puede medirse el éxito individual y delimitarse el progreso económico escalonado de una economía en expansión. Así es el mundo consensual donde los valores más importantes se centran alrededor del trabajo y de la familia, presentándose como absolutos... un orden social que aborrece "al otro" no como un enemigo externo, sino tanto como algo o alguien que debe ser transformado, socializado, rehabilitado y convertido en "uno de los nuestros".

Toda esta estructura entretejida y apuntalada iba a quedar al descubierto. Si empezamos con una estructura que aparenta ser

una reacción enormemente indebida a un problema muy real: el delito. Es cualitativamente diferente tanto en sus orígenes como en su naturaleza a cualquier cosa que haya ocurrido en los regímenes excluyentes de Hitler y Stalin.

monolítica y que abarca todo, con sus elementos básicos soportando y manteniendo firmemente el peso de las seguridades absolutas de la biografía y aspiraciones de sus miembros, terminaremos teniendo un mundo más caótico. Su estructura comenzará a descubrirse, sus partes constituyentes a fragmentarse y el mundo del día a día de sus miembros parecerá problemático, borroso e incierto. Las más importantes instituciones como el trabajo y la familia ya no prevén la trayectoria, desde la cuna a la tumba, que arropa, envuelve y asegura. Las tensiones, que siempre han estado allí, entre ellas, por ejemplo la riqueza y el mérito heredados, la igualdad de ciudadanía y la desigualdad de género, la igualdad formal y la substancial, eran controladas durante un tiempo por el mero éxito de las sociedades que “nunca les había ido tan bien”. Los gérmenes del cambio estaban ya presentes en el contraste entre los mercados laborales primarios y secundarios (HARVEY, 1989), mientras que el incremento en el individualismo aumentó las demandas por una ciudadanía más amplia y más desarrollada, así como también se registraban protestas contra la falta de igualdad en el sistema. Era un movimiento tanto de aspiraciones crecientes como de expectativas frustradas.

La economía de mercado que emergió con el *postfordismo* incluyó un salto cualitativo en los niveles de exclusión. El redimensionamiento de la economía ha supuesto tanto la reducción del mercado laboral primario, como la expansión del mercado secundario y, asimismo, la creación de una clase subalterna con un desempleo estructural. Will HUTTON lo describe en su obra *The State We're In [El Estado en el que estamos]* (1995) como la sociedad del 40:30:30. Es decir, 40 por 100 de la población en posesión de un trabajo fijo y seguro, un 30 por 100 con empleo inseguro, y finalmente, el 30 por 100 marginado, en paro o trabajando por un sueldo de pobreza. Puede que no estemos de acuerdo con su división, pero el porcentaje de la población que forma parte de la “circunscripción de satisfacción” (1992), propuesta por J. K. GALBRAITH, es una minoría cada vez más pequeña. De hecho, la clase media que en su momento se encontraba contenta, ha descubierto que su mundo se ha vuelto precario y transitorio. El “redimensionamiento” de la economía incluye la “producción escasa” en la industria manufacturera, así como la “desespecialización” del trabajo y la tensión producida por la flexibilidad del mercado laboral. El trabajo seguro y especializado, y con un salario estable, es de esta forma reducido en las empresas, mientras que

al mismo tiempo una gran proporción del trabajo es "externalizado" o distribuido fuera de los lugares de producción [*outsourced*] mediante contratos cortos a pequeñas empresas o a gente que trabaja por cuenta propia. A pesar que hay un cambio desde la industria manufacturera hacia una industria de servicios, estos últimos no están exentos de la automatización. La "reestructuración" de las industrias de servicio tales como la banca, los medios de comunicación y las aseguradoras, supone el uso de *software* informático más y más sofisticado, lo cual permite a las compañías prescindir de enteros sectores en los niveles bajos de la administración y puestos de trabajo de "cuello blanco" (ver HEAD, 1996). Los efectos de la producción escasa y la reestructuración tienen como consecuencia la eliminación de una gran parte de los trabajos de ingresos medios, así como la de engendrar un sentimiento de *precariedad* en aquellos puestos de trabajo previamente seguros.

Si intentamos imaginar a la meritocracia contemporánea como una pista de competición donde el mérito es recompensado de acuerdo al talento y al esfuerzo, descubrimos una escena donde hay dos niveles y un variopinto grupo de espectadores. En un primer nivel existe un mercado laboral primario donde las recompensas son asignadas de acuerdo al plan preestablecido, pero donde también siempre se da la posibilidad de descenso al segundo nivel. En éste las recompensas son substancialmente inferiores, y sólo una pequeña parte de la pista está abierta a los competidores, aunque para éstos siempre existe la posibilidad de ser cambiados a la simple categoría de espectadores. En cuanto a estos últimos, su exclusión de la competición es evidente, dada las barreras y la fuerte vigilancia policial. A ellos se les deniega un verdadero acceso a la carrera, pero son los eternos espectadores de los espléndidos premios que se ponen en liza.

Sin embargo, las oportunidades de participar en la carrera sólo existen cuando se manifieste una contingente relación con el talento; también los premios se han convertido en algo cada vez más desigual. Ello así, pues en la época reciente las desigualdades de los ingresos se han ampliado (Joseph ROWNTREE Foundation, 1995; HILLS, 1996). Una gradación de inclusión y de exclusión de esta envergadura engendra, según Edward LUTTWAK (1995), tanto una relativa privación crónica entre los pobres que da pie al delito como una ansiedad precaria entre aquellos que son más ricos, lo cual sirve como caldo

de cultivo para la intolerancia y la punición de los delincuentes. Como tenazas sobre nuestra sociedad, el delito y el castigo provienen de la misma raíz. Lo que sugiero es que tanto las causas de la violencia criminal como la respuesta punitiva a la misma, surgen del mismo lugar. La violencia obsesiva de las bandas machistas callejeras y la obsesión punitiva del ciudadano respetable, son similares no sólo en su naturaleza, sino también en su/s origen/es. Ambas provienen de la dislocación en el mercado laboral; la una, de un mercado que excluye la participación como trabajador, pero que anima a la voracidad como consumidor; la otra, de un mercado que incluye, pero solamente de una forma precaria. Es decir, desde una exclusión atormentadora a una inclusión precaria. Ambas frustraciones son articuladas deliberadamente en forma de privación relativa. La primera es bastante obvia: en ella no sólo se deniega la ciudadanía económica, sino también la social, y la comparación se hace con aquellos que sí están incluidos en el mercado laboral. Pero la segunda es menos obvia.

Una privación relativa es considerada en términos convencionales como una mirada hacia arriba; es la frustración de aquellos a los que se les deniega una igualdad en el mercado laboral, hacia aquellos de un igual mérito y aplicación. Pero la privación es también una mirada hacia abajo: es la consternación hacia el bienestar relativo de aquellos que aunque debajo de uno en la jerarquía social son percibidos como injustamente aventajados, pues se ganan la vida demasiado fácilmente aunque no sea tan buena como la de uno mismo. Esto es aún más grave cuando las recompensas son ganadas ilícitamente, particularmente cuando el ciudadano respetable es también la víctima de un delito. Es la forma en la que las ciudades están constituidas, en el sentido que el pobre respetable y el que nunca se comporta bien están siempre próximos: aquellos que menos pueden resistir el impacto del delito son los más victimizados; aquellos cuyas horas de trabajo son las más largas y que son los peores pagados, viven contiguos a aquellos que se encuentran sin trabajo y que viven de una forma holgazana. La aristocratización que ha tenido lugar en muchas ciudades europeas ha añadido un giro adicional a este fenómeno, ya que la clase media pudiente vive el uno al lado del otro, en muchos casos, del otro lado de la calle de los desempleados estructurales.

El contribuyente que pasa apuros ve con presteza la base y la cúspide de nuestra estructura social. Mientras que en la base hay un gorroneo perceptible, en la cúspide existe una sordidez y unas primas, así como unos beneficios aparentemente increíbles para los altos cargos directivos y los industriales. Si se percibe que los especuladores consumen ayudas gratis sin competir, los privilegiados son percibidos como parte de una cultura donde el "ganador se lleva todo" y donde los premios son repartidos sin tener en cuenta ninguna justificación o mérito. ¡Qué receta para la insatisfacción! (ver FRANK y COOK, 1996).

En las burocracias asentadas en el *fordismo* las recompensas eran bastante comunes entre las empresas y en todo el ámbito nacional. Si uno se encontraba con un directivo de un cierto nivel de responsabilidad, o con un electricista especializado hasta un cierto nivel de eficacia, se podía adivinar cuáles eran los ingresos de ambos aún cuando provinieran de la punta opuesta del país. La declinación en el mercado laboral primario, el aumento en el fraccionamiento de la producción y el trabajo de consultoría, el desarrollo de una industria de servicios masiva y abigarrada, todo produce la aparición de una escala genuinamente acordada para la difícil obtención de méritos. Lo cual hace más misterioso el siempre ocluido sentido de por qué y cómo cualquier persona es especialmente rica. La aparente distribución arbitraria de la recompensa es agravada por esta falta de estandarización para producir lo que podría denominarse como un *caos de la recompensa*. De esta forma, a esta receta para la insatisfacción se le da una razón más para agitar el desequilibrio. A la precariedad se le añade un sentido de injusticia y un sentido de la arbitrariedad. En la época *fordista* hubo, efectivamente, una cierta privación, pero ésta afectaba a las apretadas filas de personas incorporadas que dirigían miradas envidiosas a aquellas otras que estaban del otro lado de la división visible de la recompensa. Pero, ahora, esa infantería fija de conflictos es substituida por los holgados cánones del descontento.

La esfera de la justicia distributiva, del mérito y de la recompensa es, de esta manera, transformada con el surgimiento de la sociedad excluyente. No obstante, consideremos ahora la otra esfera del orden, la de la comunidad, y descubramos la manera en que la exclusividad personal del individualismo tiene sus raíces en el *postfordismo*. Aquí estamos más preocupados por el escenario del consumo que por el

de la producción. David HARVEY empieza su tratado sobre la post-Modernidad (1989) con una discusión del libro *Soft City* de Jonathan RABAN, publicado en 1974. Como en muchos otros trabajos interesantes en este momento de cambio, RABAN da la vuelta a la descripción convencional de la ciudad como la personificación de una racionalizada planificación y consumo colectivo. La jaula de hierro donde el comportamiento humano es programado, donde la gran mayoría de la humanidad es canalizada e intimidada al cruzar la red urbana de suburbios, el centro urbano, las oficinas, las fábricas, las zonas de tiendas y las instalaciones para el ocio. Más bien que ser un ámbito determinante, RABAN ve a la ciudad como el terreno de las opciones. Es un emporio donde se ofertan todo tipo de posibilidades: un teatro donde una multiplicidad de papeles puede ser interpretada, un laberinto de potenciales interacciones sociales, una enciclopedia de subcultura y estilo.

Lo que interesa a David HARVEY en *Soft City* es que el libro es:

«un registro histórico, porque fue escrito en un momento cuando un cierto cambio podía ser percibido en la manera como los problemas de la vida urbana eran discutidos tanto en círculos populares como académicos... También fue escrito en esa cúspide histórica intelectual y cultural cuando algo llamado "post-modernismo" surgió de su crisálida... (1989, p. 3) *.

La vida urbana estaba cambiando, envuelta en una corriente dirigida por el mercado del consumo; la emergente sociedad consumista, con su multiplicidad de opciones, prometía no meramente la satisfacción de los deseos inmediatos, sino también, la generación de esa expresión característica de finales del siglo xx —*estilos de vida*—.

El cambio que se produjo desde el consistente consumo y el típico ocio masivo del *fordismo* a la diversidad de las opciones y hacia una cultura del individualismo —que conlleva un énfasis sobre la inmediatez, el hedonismo y la confirmación individual—, tuvo efectos profundos sobre las sensibilidades de la Modernidad tardía. El balance

* *N. del T.*: cita originaria del autor, traducida al castellano: «a historical marker, because it was written at a moment when a certain shifting can be detected in the way in which problems of urban life were being talked about in both popular and academic circles... It was also written at that cusp in intellectual and cultural history when something called "post-modernism" emerged from its chrysalis...» (1989, p. 3).

keynesiano entre el trabajo duro y el ocio pleno, tan característico de la época *fordista* (ver YOUNG, 1971b), se convierte y se inclina hacia el mundo subterráneo del ocio. «El capitalismo moderno» tal como lo explica Paul WILLIS, «no es solamente un parásito de la ética puritana, sino también de su inestabilidad y, aún, de su subversión» * (1990, p. 19). Con un mundo tan lleno de opciones, bien sea en el emporio urbano o en el mundo más amplio de las comunidades culturales, la gente adquiere la capacidad de construir identidades. Aun cuando surgen fuerzas comerciales del mercado, estas identidades son transformadas por los actores humanos. De tal manera, el trabajo de Ian CHAMBERS (1986) sobre los jóvenes de la clase obrera, demuestra cómo fue que la cultura del consumo de finales del siglo XX, permitió a la gente joven crear una serie de subculturas y estilos. Y, por supuesto, fue una cultura juvenil cambiante y dinámica, la cual, a su vez, generó por sí sola una constante y nueva ola de demandas de los consumidores.

Una transición de este tipo puede verse reflejada en la teoría subcultural de los académicos. Los actores pasivos de la teorización subcultural norteamericana de los años 1950 y principios de los 1960, quienes persiguieron pasivamente fines convencionales de forma no convencional, o como rebeldes sin causas, fueron quienes meramente inventaron valores medios, transformándose así repentinamente en seres activos y creativos. La subcultura comenzó a ser un terreno de imaginación, de innovación y de resistencia, y fue, en particular, la teoría subcultural de la escuela de Birmingham la que se fijó en ello y lo celebró con alegría (ver, p. ej., HALL y JEFFERSON, 1976, y su comentario en WALTON y YOUNG, 1998). De la misma manera, en cuanto a estudios culturales, Stuart HALL y Paddy WHANNEL en su encuesta de las artes populares (*The Popular Arts*) escrita en 1964, presentaron una cultura popular que fue comercializada como un consumo de masas inculcado a la gente, pero, sin embargo, casi sin darse cuenta insinuaron en las notas al pie y en algunos párrafos que algo parecía estar cambiando; a tal fin se cita como ejemplo a los Beatles, la explosión del grupo *pop* que transformó el mundo de la música. Aún más, citan de forma evocadora la imagen de la sociedad del consumo de C. WRIGHT MILLS:

* *N. del T.*: cita originaria del autor, traducida al castellano: «Modern capitalism is not only parasitic upon the puritan ethic, but also upon its instability and even its subversion».

«En su benevolencia, el Gran Bazar ha construido la adoración rítmica hacia la moda en los hábitos, el estilo y los sentimientos de la masa urbana que fue lo que organizó a la mismísima imaginación» (1964, p. 151) *.

Ya en los años 1970 el Gran Bazar se había transformado en el emporio urbano. El nuevo individualismo que aparece por detrás de la sociedad del consumo está preocupado por las opciones pluralistas (crea libremente nuevos estilos subculturales, juntando de forma precaria elementos tanto del presente como del pasado), con la confirmación individual (el individuo crea un estilo de vida y una identidad personal por opción propia), es hedonístico e inmediato (la vieja personalidad *keynesiana* que comprendía un balance entre el trabajo y el ocio, entre la producción y el consumo, entre la gratificación diferida y la inmediatez, se inclina hacia lo último), y es, sobre todo, “voluntarístico” (las opciones son valoradas, la libertad es percibida como posible, la tradición es devaluada) (ver CAMPBELL, 1987; FEATHERSTONE, 1985). Exigencias tan expresivas aumentan las demandas instrumentales para conseguir éxito monetario y prestigio, los cuales son los elementos básicos de la época moderna. Para cuando se llegó a la Modernidad tardía la frustración de las exigencias expresivas comienza a ser una fuente de tensión para el sistema y, junto con una privación relativa en el mundo material, también se configura como una potente fuente de desviación. (Para las primeras observaciones sobre este fenómeno, ver DOWNES, 1966; YOUNG, 1971b). Lo que sí tuvo lugar, sin duda, fue el incremento de una cultura de elevadas expectativas, tanto materialmente como en términos de confirmación individual. Dicha cultura es una que veía el éxito en estos términos y que está bastante menos dispuesta a ser incomodada por la autoridad, la tradición o la comunidad si los ideales mencionados son frustrados.

De estas frustraciones surgen consecuencias positivas y negativas. *The Soft City* de Jonathan RABAN es una obra suave más bien por su plasticidad que por su bondad:

«La ciudad, nuestra enorme forma moderna, es blanda, susceptible a una variedad de vidas, sueños e interpretaciones deslumbrantes y libidinosas. Pero son sus cualidades plásticas en sí que hicieron de

* P. 11.

la ciudad el gran liberador de la identidad humana, pero también hacen que sea especialmente vulnerable a la psicosis... Si puede ser, en el ideal platónico, la expresión más elevada de la razón del hombre y de su sentido hacia su propia comunidad con otros hombres, la ciudad también puede ser una violenta... expresión de su propio pánico, de su envidia, de su odio hacia los extranjeros, de su insensibilidad» (1974, pp. 15-16) *.

Como un escritor comentó, hay lugar para el *flâneur* (el paseante), pero no para la *flâneuse* (la paseante) (WOOLF, 1985). Aquí está la paradoja del nuevo individualismo. La muerte de la conformidad del consumidor da pie a un pluralismo de estilos de vida dinámicos y diversos. Una liberación tal de creatividad humana tiene claras posibilidades de liberación y progreso, sin embargo, cada proyecto diverso tiene el potencial de contradecir e impedir los otros. Las subculturas están a menudo enfrentadas; la diversidad puede que impida la diversidad. El descontento por la situación social de uno, la frustración de aspirar a algo y el deseo, pueden dar pie a una variedad de reacciones políticas, religiosas y culturales, los cuales posiblemente abran las posibilidades para algunos de los que están en nuestro entorno, pero también pueden, frecuentemente a propósito, cerrar y restringir las posibilidades de otros. Pueden, también, crear reacciones criminales y éstas, a menudo, constituyen la moneda de cambio que restringe a otros. El redimensionamiento de la base manufacturera, mencionado en la sección anterior, genera una privación relativa en toda la estructura de clases, pero, en particular, entre aquellos trabajadores no especializados agrupados alrededor de las fábricas vacías, y en las urbanizaciones desoladas. A pesar que las mujeres jóvenes de estas zonas pueden encontrar una razón de ser en la crianza de sus hijos y, con frecuencia, trabajar en el sector de servicios, los hombres jóvenes están despojados de una posición social y de un destino. Están lanzados a la deriva; a una falta de pertenencia, atrapados en una situación de empleo estruc-

* *N. del T.*: cita originaria del autor, traducida al castellano: «The city, our great modern form, is soft, amenable to a dazzling and libidinous variety of lives, dreams and interpretations. But the very plastic qualities which made the city the great liberator of human identity also cause it to be especially vulnerable to psychosis... If it can, in the Platonic ideal, be the highest expression of man's reason and sense of his own community with other men, the city can also be a violent... expression of his panic, his envy, his hatred of strangers, his callousness» (1974, pp. 15-16).

tural que aún no es apta para ofrecer la estabilidad a parejas “casaderas” (ver W. J. WILSON, 1987). A estos jóvenes se les prohíbe la entrada a la pista de competición de la sociedad meritocrática; sin embargo, se quedan pegados a la pantalla de sus televisores y a los otros medios de comunicación que seductoramente presentan los espléndidos premios de una sociedad adinerada. Ante esta negativa a ser reconocidos, los hombres jóvenes recurren, en todas partes del mundo, a lo que debe ser casi una ley criminológica universal, es decir, a la creación de culturas del machismo, a la movilización de uno de sus pocos recursos, cuales son la fuerza física, la formación de bandas y la defensa de sus propias zonas. Ya que otros les deniegan el respeto, crean una subcultura que gira alrededor del poder masculino y el “respeto”.

Paul WILLIS, en su clásico libro *Learning to Labour* (1977), traza la manera en que “los muchachos”, percibiendo la inaplicabilidad de su escolarización para los trabajos hacia los que se dirigen, construyen una subcultura de resistencia contra la escuela y el mundo más amplio de la clase media. Pero su reacción al ser excluidos del mercado laboral primario, de la posibilidad de hacer una carrera, de tener buenas perspectivas y un futuro prometedor, es la de aprobar con carácter oficial su propia exclusión, la cual a su vez sirve para excluir a otros igualmente vulnerables. De esta manera, su subcultura o resistencia promueve la dureza y la fuerza física hasta convertirlas en unas virtudes fundamentales. De tal manera, dicha subcultura es sexista, frecuentemente racista y abiertamente antiintelectual.

Así, los excluidos crean divisiones entre ellos, a menudo sobre líneas étnicas, con frecuencia simplemente por la zona de la ciudad donde se vive o, más prosaicamente (sin embargo, para muchos más profundamente), respecto de qué equipo de fútbol se es hincha. Lo que es más importante, tal como lo señala WILLIS, es que esto crea problemas de seguridad y salvaguarda para otros miembros de la comunidad, particularmente para las mujeres. Ellos son excluidos; crean una identidad que margina y excluye, excluyen a otros usando la agresión y el rechazo, y son, a su vez, excluidos y rechazados por otros, ya sean los directores de las escuelas, los guardias de seguridad de los centros comerciales, el ciudadano “honesto”, o el agente de policía de servicio. *Las dialécticas de la exclusión* están en marcha: una amplificación de la desviación que progresivamente acentúa la

marginalidad, un proceso pírrico que involucra tanto a la sociedad más amplia como, crucialmente, a los actores en sí que los atrapa, en el mejor de los casos, en una serie de trabajos sin futuro y, en el peor de los casos, en una clase marginal de holgazanería y de desesperación.

Como segundo ejemplo, me apartaré de una situación donde la exclusión crea delitos, y me acercaré a otra donde los intentos de incluir se enfrentan con la violencia y la agresión. Quizás el cambio estructural más profundo de la época de la postguerra es la entrada de la mujer en el mercado laboral, así como su participación más plena en la vida pública, ya sea en el ámbito del ocio, la política o las artes. Sin embargo, este proceso de inclusión involucra, tal como lo señala Ulrich BECK, «eruptivas discrepancias entre las expectativas de igualdad de las mujeres y el mundo de desigualdades de las ocupaciones laborales y de la familia», lo que «no es difícil predecir... equivaldrá a una amplificación de conflictos, inducidos desde el exterior, en las relaciones personales» (1992, p. 120). No son, sin embargo, simplemente las crecientes expectativas de las mujeres, sino el desafío de estas expectativas hacia las ideas preconcebidas de los hombres y la resistencia a ellas, lo que encierra la esencia de este creciente conflicto. Aquí, seguramente, GIDDENS tiene razón en señalar que la violencia es un acontecimiento más frecuente dentro de la familia, *como lo es en la política*, donde la hegemonía está amenazada, no donde es aceptado el patriarcado, o la dominación del Estado. La violencia generalizada es la moneda de cambio de la hegemonía que *se derrumba*, no de la hegemonía que *está en el control* (ver GIDDENS, 1992, pp. 121-122). Es en el caso del patriarcado cuando la habilidad del hombre para dictar, sin rechistar, la desigual y marginal condición de las mujeres dentro de sus familias resulta severamente desafiada y debilitada. De esta forma, la violencia doméstica crece, mientras que, como alega Sandra WALKLATE, «es menos probable que las mujeres toleren las relaciones violentas... cosa que sí hacían antaño» (1995, p. 99). Por lo tanto, la violencia que siempre ha existido en las relaciones domésticas se tolera menos, mientras, por otra parte, el volumen de los conflictos crece.

Es muy común pensar que el delito violento es un producto de la exclusión, como en el caso de los hombres jóvenes de mi primer ejemplo, pero es importante subrayar que mucha violencia ocurre

debido a los conflictos generados por la inclusión (es decir, la igualdad y la Modernidad contra la subordinación y la tradición, ver la Tabla 1.1). El caso de la violencia contra las mujeres es un ejemplo clave, aunque la violencia racista es muy paralela. De hecho, Jayne MOONEY (1996) señala, en su investigación sobre los parámetros sociales y espaciales de la violencia, que el 40 por 100 de toda la violencia registrada en un distrito del norte de Londres es violencia doméstica y violencia contra las mujeres. En estos dos ejemplos la violencia puede manifestarse, por lo tanto, como fruto de la exclusión y de la inclusión, pudiendo ser causada por una carencia relativa y por enfrentamientos entre individuos que exigen igualdad y otros que resisten a ellos. Por supuesto, donde se juntan tanto la carencia relativa como el individualismo, como, por ejemplo, en la cultura machista de las clases bajas, los jóvenes varones desempleados tienen que enfrentarse a las exigencias de igualdad de las mujeres, a menudo con empleos mal pagados pero seguros, todo lo que haría esperar un especialmente alto índice de conflictos, los cuales producen con frecuencia como resultado la preferencia de establecer un hogar por separado y la preponderancia de madres solteras. De hecho, son estas últimas las que registran el mayor índice de violencia en su contra, normalmente causada por parte de sus ex compañeros (ver MOONEY, 1997). Es irónico notar que una importante fuente de violencia en nuestra sociedad tiene su origen en un intento de mantener las relaciones tradicionales, e incluso se produce dentro de las familias, en

TABLA 1.1

Las vicisitudes de la masculinidad: dos caminos hacia la violencia

Fuente	Precariedad económica	Amenaza ontológica
Papel	Papel masculino reducido	Papel femenino igualado
Crisis	Crisis en la masculinidad	Crisis en la hegemonía masculina
Victimización típica	Varón a varón	Varón a mujer
Medio típico	Violencia de bandas	Violencia doméstica
Frecuencia	Baja en la estructura de clases	En toda la estructura de clases

vez de ser mitigada por la filosofía del "regreso a las bases" tan amada por los políticos conservadores.

Pluralismo e inseguridad ontológica

Hasta ahora he descrito cómo los cambios en la economía han dado pie, por un lado, a una creciente carencia relativa y a una precariedad económica y, por el otro, a un individualismo más galopante. Pero hay una fuerza adicional para la desestabilización y ésta es la aparición de una sociedad más pluralista, una en la cual el sentido que tiene la gente de su seguridad personal, la estabilidad de su existencia, se convierte en más firme.

Como gráficamente define Anthony GIDDENS, la situación de la última vida moderna se caracteriza por las acrecentadas opciones (proviendo de las oportunidades de consumir y las demandas flexibles de trabajo al mismo tiempo), por un constante cuestionamiento de creencias y certezas establecidas, por un elevado nivel de autorreflexibilidad, por una falta de biografía y trayectoria de vida arraigadas, así como por la confrontación constante con la pluralidad de los mundos sociales y las creencias (1991, pp. 70-88). Una situación tal da pie a una inseguridad ontológica, esto es, decir cuando la autoidentidad no está incorporada en nuestro sentido de continuidad biográfica, cuando el caparazón protector que elimina los retos y los riesgos de nuestro sentido de seguridad se debilita y cuando un sentido absoluto de nuestra normalidad se desorienta a causa del relativismo de los valores que nos rodean. El individualismo, con su énfasis en la elección existencial y la autocreación, contribuye de una manera significativa a esta inseguridad, mientras que la naturaleza apremiante de una pluralidad de mundos sociales alternativos, algunos como resultado de este individualismo incipiente, socava manifiestamente cualquier aceptación fácil de un valor no cuestionado.

El pluralismo con el cual se enfrenta el actor puede ser visto teniendo su origen en tres fuentes importantes: 1) la *diversificación* de estilos de vida que son el resultado de un creciente individualismo; 2) la *integración* más cercana de la sociedad, incluyendo el acortamiento de tiempos de viaje a través del espacio físico y la implosión de miradas fugaces sobre otras sociedades y culturas, proporcionadas por unos medios de comunicación cada vez más crecientes y cada

vez más prolíficas. Los negocios, el turismo, la televisión, todos ellos nos unen; 3) la *inmigración* de gentes procedentes de otras sociedades². En Europa, en los últimos veinte años, un pluralismo tal ha sido muy pronunciado en tres niveles: ha tenido lugar una inmigración masiva, una mayor integración europea es un hecho palpable, por muy desorganizado que sea el proceso político y por muy limitada que sea la naturaleza de una identidad común (ver MELOSSI, 1996), mientras la diversificación característica de las sociedades industriales avanzadas ha continuado a un paso rápido.

Una situación semejante tiene un efecto considerable sobre nuestra percepción de la reacción hacia la desviación. En la Modernidad, como hemos podido observar, el otro desviado aparece como un diferente, como un marcado fenómeno minoritario en contraste con el enorme consenso de valores absolutos del cual él carece y, de esta forma, se adecua por su mera existencia en vez de ser una amenaza. En la Modernidad tardía el otro desviado se encuentra en todas partes. En la ciudad todos son potenciales desviados, como señala Richard SENNETT en *The Conscience of the Eye*. El otro distinto ya no está presente, las culturas no sólo parecen plurales, sino que se vuelven confusas, se superponen y se entrecruzan. Por ejemplo, las culturas juveniles no se aglutinan en claros grupos étnicos, sino son más bien híbridos compuestos por una mezcla de distintas orientaciones antes que por un absolutismo étnico (ver GILROY, 1993; y BACK, 1996).

Porque existe una inseguridad ontológica, existen intentos repetidos de crear una base segura. Es decir, reafirmar los valores del individuo como si fueran morales absolutas, declarar a otros grupos

² Aunque es muy común considerar la inmigración como el factor clave en la formación de unas sociedades más pluralistas en el mundo occidental, no creo que esto sea la mayor influencia sobre el nivel del debate sobre el pluralismo o sobre una inseguridad ontológica. De hecho, muchos de los valores pertenecientes a las culturas inmigrantes son de origen tradicional y, por lo tanto, suponen un reto mínimo a los diversos valores de la Modernidad tardía. Más bien, ha sido el proceso de diversificación generado por los autóctonos, lo que ha estado a la vanguardia del nuevo pluralismo: mírense los debates que se centran sobre el papel de las mujeres, la violencia, la orientación sexual, el medio ambiente, los derechos de los animales, etc. El debate es tan intenso en Dublín, donde hay poca inmigración, como en Londres o París. El papel del inmigrante es, como se ha discutido en este capítulo, más el de chivo expiatorio, constituyendo un grupo marginal creado para apaciguar la inseguridad ontológica en vez de ser un producto de ella (ver VIDALI, 1996).

como carentes de valores, dibujar líneas claras de virtud y vicio, ser rígidos en vez de flexibles en el juicio de uno mismo, ser punitivo y excluyente en vez de permeable y comprensivo. Esto puede ser visto con apariencias diversas en diferentes partes de la estructura social. La tentativa más difundida de rediseñar unas líneas morales de forma más rigurosa fue la iniciativa del “regreso a las bases” de los conservadores británicos en 1995, la cual era una repetición de la campaña del “regreso a los valores de la familia” de la administración de Bush, padre. Esto puede verse más abajo, en la estructura social con el intento hecho por los socialmente excluidos de crear un núcleo y unas identidades distintas. Parte del proceso de la exclusión social, como sostiene Jimmy FEYS, es: la incapacidad de «echar el ancla en un mar de estructuras prescriptas por la sociedad» (1996, p. 7). Es decir, la exclusión social produce una crisis de identidad. Y, como una indicación de esto, se podría señalar las políticas de grupos como las de los Musulmanes Negros, fundamentalistas pertenecientes a comunidades de refugiados políticos y, quizás aún, la chabacana tradición de seguidores de la extrema derecha. Una reacción a la exclusión es un compromiso mayor con los valores del pasado: crear nacionalismos imaginarios donde la precariedad actual está ausente y, a menudo, imitar lo convencional o, por lo menos, una imagen supuesta de ello. Por último, entre la *intelligentsia*, un aspecto de lo políticamente correcto conlleva un declive de la tolerancia por la desviación, una obsesión con la conducta y el discurso correctos, y una insistencia sobre la vigilancia policial de las fronteras morales (ver MOYNIHAN, 1993; KRAUTHAMMER, 1993). Sean cuales sean los errores o los aciertos de estos pronunciamientos —y hay, sin duda, mucho que es genuinamente progresista en estos debates—, es notable que el mismísimo estrato que hizo que la tolerancia hacia la desviación se extendiera hasta alcanzar un punto temerario en los años de 1960, ahora, en los años de 1990, la restrinja y presente a los desviados como personajes sacados de un libro de etiqueta de la época victoriana. En la Tabla 1.2 comparo los cambios dramáticos en las actitudes sociales hacia el otro desviado que han tenido lugar en la Modernidad tardía.

TABLA 1.2
El otro desviado en la Modernidad tardía

	<i>Modernidad</i>	<i>Modernidad tardía</i>
Sociedad	Incluyente	Excluyente
Tamaño	Minoritario	Mayoritario
Valores	Absolutismo	Relativismo
Adhesión	Consenso	Pluralismo
Característico	Distinto	Borrosa/continua/solapada/atravesada
Barreras constituidas	Permeables	Restrictivas
Límite	Tolerante	Intolerante

La díada del delito

Por lo tanto, los cambios en la esfera de la producción y el consumo, así como su desarrollo y su reinterpretación por los actores involucrados, han tenido sus efectos tanto sobre las causas del delito y la desviación como sobre las reacciones en su contra. Es decir, sobre ambos lados de la díada del delito (ver Tabla 1.3).

La combinación de una carencia relativa y el individualismo es una causa potente para la aparición del delito en las situaciones donde ninguna solución política es posible; genera el delito, pero también genera un delito de una naturaleza más recíprocamente destructiva y conflictiva. El ámbito de la clase trabajadora, por ejemplo, sufre

TABLA 1.3
Las esferas de la justicia y de la comunidad

<i>La díada del delito</i>	<i>La esfera de la justicia</i>	<i>La esfera de la comunidad</i>
Las causas del delito y la desviación	La carencia relativa	Individualismo
La reacción al delito y la desviación	Precariedad material	Inseguridad ontológica

una implosión; unos vecinos roban a otros vecinos, las conductas incívicas abundan, las agresiones son generalizadas y extendidas. El viejo estilo del delito de los años 1950, el cual era orientado en su mayoría hacia objetivos comerciales e involucraba el uso acertado de la violencia para controlar el "feudo" de cada "empresa", es reemplazado por una propagación de conductas incívicas más *hobbesianas*. «Nunca hacíamos daño a miembros del público», murmuraba un miembro de la banda de los Kray, lamentando el declive en los valores civilizados en el *East End* de Londres. Un índice de esto es que en el distrito metropolitano de Londres, desde 1950 hasta 1990, el robo y el atraco aumentaron de un 6 por 100 sobre todos los delitos a un 14 por 100, y el robo doméstico en 1950 era un 40 por 100 de todos los robos (domésticos y comerciales), mientras que para 1990 era el 66 por 100 (HARPER *et al.*, 1995).

La contribución de la precariedad económica y la inseguridad ontológica forman una mezcla extremadamente inflamable en términos de respuestas punitivas al delito y la posibilidad de una coartada. Ya hemos visto en la discusión de LUTTWAK el sólo probable impacto de la precariedad económica; ésta incluía tenuemente a aquellos que estaban en el mercado laboral en contraste con aquéllos visiblemente fuera del mismo. La inseguridad ontológica añade a esta situación explosiva la necesidad de redefinir las definiciones menos tolerantes de desviación y de reafirmar las virtudes de los grupos involucrados. Sin embargo, es importante distinguir las tendencias de las necesidades y especificar el escenario social preciso donde tendrán lugar las dinámicas de este tipo. Volveré sobre este punto al final de este capítulo, pero primeramente demostraré el impacto del delito sobre las pautas de exclusión que existen en nuestra sociedad.

El aumento del delito y la exclusión social

En el Capítulo 2 daré detalles sobre el aumento del delito que tuvo lugar en la última parte del siglo xx en la mayoría de los países industriales avanzados y de su impacto tanto sobre el público en general como sobre la teoría criminológica.

El rápido incremento en el índice de delitos es el motor más importante en la transformación del comportamiento público y de

sus actitudes, en el desarrollo del aparato de control del delito y de la criminología. Esto ha tenido efectos profundos desde la perspectiva de la exclusión:

1. Sobre el comportamiento de prevención del público

El aumento en los índices del delito alimenta el temor del público y genera pautas complicadas de conducta de prevención, especialmente en mujeres de vida urbana. El aislado ámbito problemático de la Modernidad se convierte en un complejo mapa de zonas "a no transitar", de pasos subterráneos y parques a ser evitados, de estacionamiento para automóviles a circular con cautela y de espacios públicos donde hay que maniobrar con precaución. Para muchas mujeres estas posibilidades son practicables durante el día, pero se convierten en sitios de toque de queda durante la noche (ver, p. ej., PAINTER *et al.*, 1989). Éste no es el momento para entrar en la "realidad" de tales temores, y aún menos para explorar cuáles podrían ser los cálculos del riesgo "real"; basta con señalar la exclusión que el delito genera y que su impacto varía mucho según la edad, la clase, el género y la etnia.

2. Sobre la exclusión penal

El aumento del delito tiene como resultado un incremento en el número de encarcelados. Claro que no existe una relación lineal entre ambos, pero la ausencia de ella no obvia el hecho que al final las poblaciones penitenciarias hayan crecido en la mayoría de los países como respuesta, quizás equivocadamente, a la necesidad del control del delito³. Las aparente-

³ Aquí el error consiste, ciertamente, en reaccionar contra el hecho empírico que no existe, una relación lineal entre el nivel del delito registrado y el número de personas encarceladas, el miedo al delito o el riesgo que éste se produzca, etc. Nosotros afirmamos que las personas encarceladas, el miedo al delito y las medidas de prevención contra él son autónomas de aquél y, en consecuencia, que el delito es causado por otros factores (el desplazamiento de la ansiedad provocada por la seguridad económica, el desarrollo urbano, las cuestiones raciales). Semejante desplazamiento se produce indudablemente (lo que, por cierto, se describe en este Capítulo), aunque en verdad esto no nos permite eliminar al delito de la ecuación que señalamos. Debe ser recordado que los actores humanos (bien como objetos de los

mente grandes diferencias entre las poblaciones penitenciarias de los Estados Unidos y los países europeos son, efectivamente, menos un asunto de política que el resultado de las actuales diferencias en las tasas del delito. El frecuente error que se produce es el de atender sencillamente a dichas tasas según las poblaciones; así es que James LYNCH encontró que, cuando los niveles del delito fueran seriamente controlados, «las extremas diferencias en el encarcelamiento entre los Estados Unidos y algunas otras democracias occidentales disminuyen considerablemente y en ciertos casos desaparecen. En gran parte, las diferencias en las tasas nacionales de encarcelamiento se deben

aparatos de control social, bien como ciudadanos caminando por la calle) no son criaturas positivas que constituyen simples reflejos de los niveles de riesgo o del mismo delito. La capacidad humana es la de valorar y dar sentido al mundo social. Sería sorprendente, por tanto, si alguien pudiera encontrar una simple relación lineal o la típica elevada relación de las ciencias naturales en dicha ecuación. Permítaseme dar dos ejemplos:

a) *Encarcelamiento*: la respuesta a un aumento del delito podría ser la de lamentar el elevado coste del encarcelamiento y su ineficiencia y, de tal manera, entrar así en un período de descenso de presencias penitenciarias (quizá incluyendo la diversificación —*diversión*— de las medidas respecto de los delincentes juveniles y una plétora de esquemas alternativos). Esto podría ser seguido por un período de mayor punibilidad e incremento del encarcelamiento como una reacción al crecimiento de las denuncias de delitos. Tal cambio de política confirmaría que no existe una relación lineal entre el índice del delito y el encarcelamiento, mas dicho cambio, los esquemas diversificadores, el número y la naturaleza de las alternativas, la cantidad y el carácter de los establecimientos previstos en el programa de construcción de cárceles, no podrían ser comprendidos sin reconocimiento de la mayor influencia del problema del delito.

b) *Miedo al delito*: una respuesta en las ciudades de los hombres pertenecientes a la baja clase trabajadora es la de crear una cultura basada en el machismo. Esto incluye, como un asunto de masculinidad, un bajo miedo al delito a pesar de un clima de mutua hostilidad, el cual, con frecuencia, hace desbordar en el delito. En consecuencia, una elevada tasa de criminalidad se combina con un bajo miedo al delito. Las mujeres en la ciudad, por otro lado, en el mismo ambiente, pueden ser menos tolerantes al delito, pueden desdeñar activamente la violencia, y pueden demandar por una mejor cualidad de vida. Todo esto puede manifestarse con un más elevado "miedo" (o, al menos, irritación, indignación, etc.). De tal modo, dos grupos urbanos desarrollarán reacciones de miedo al delito diametralmente opuestas. Los asuntos se complican ulteriormente, puesto que la conducta de elaborados cuidados desarrollada por sectores de mujeres en la ciudad para detener el delito puede generar más bajos riesgos y permitir que los criminólogos hagan comentarios acerca de si tienen más elevados niveles de ansiedad respecto del delito, puesto que su actual riesgo es bajo. En ningún informe sobre población urbana se puede concebir un modo de comprobar la relación lineal entre el delito y el miedo hacia él.

a diferencias en los tipos y niveles del delito a través de los países» (1988, p. 196). Empero, permanecen diferencias significativas particularmente entre Alemania y los Estados Unidos, aunque algo menores entre los últimos con Inglaterra y Gales, y éstas son debidas a diferencias en la administración de la justicia junto a la extraordinaria intensidad de “la guerra contra las drogas” en los Estados Unidos.

En los Estados Unidos quienes se encuentran en la cárcel constituyen una población significativamente excluida del goce de sus propios derechos: aproximadamente 1.600.000 personas se encuentran en ellas *, o sea, un conjunto de personas de un número superior a las que habitan en la ciudad de Philadelphia si todas ellas fueran colocadas juntas en un mismo lugar. Mas, en total, 5.100.000 adultos se encuentran bajo supervisión correccional ** (incluyendo estancia en la cárcel, libertad bajo palabra —*parole*— o bajo prueba —*probation*—), es decir, que uno de 37 adultos residentes en todos los Estados Unidos es objeto de control penal (*Bureau of Justice Statistics*, 1996) ***. Por lo tanto, efectivamente, el *gulag* norteamericano es actualmente de la misma medida que lo fue el ruso y ambos contrastan con la situación en Europa occidental, donde el total

* *N. del T.*: esta cifra dada por el autor se refiere al año de preparación del manuscrito original de este libro y al de su posterior publicación en 1999. En la actualidad las referencias con que se cuentan en relación a la población penitenciaria en todos los Estados Unidos informan que esta población supera los 2 millones de personas, mientras el número de quienes se encuentran fuera de la cárcel, pero sujetas a medidas punitivas alcanzan las 4,6 millones. En total, son 6,6 millones de adultos quienes están sometidos a un control punitivo, lo que pone la tasa en 700 presos por cada 100.000 habitantes; es decir, que esa tasa se ha quintuplicado desde 1970 y es ya casi ocho veces superior al promedio en la UE, aunque en el Reino Unido, Francia, Italia y España, el número de presos está aumentando a un ritmo preocupante. Desde enero de 2001, la población carcelaria ha crecido en España en más de 5.000 internos, es decir, más en dieciocho meses que en los cinco años anteriores [ver R. TOWNSEND, «Una gigantesca noria de presos», *El País* (domingo), 1 de septiembre de 2002 (<http://domingo.elpais.es>): 4 y «Estados carcelarios», *El País* (editorial), 2 de septiembre de 2002: 10].

** *N. del T.*: también esta cifra se ha alterado desde que el autor la citó en el manuscrito original; el número de personas en esa condición la supera ahora con creces, tal como se refiere en *N. del T.* precedente.

*** *N. del T.*: este porcentaje tiene que estar naturalmente alterado en virtud de lo dicho en las *N. del T.* anteriores.

de la población penitenciaria constaba en la región con 200.000 presencias penitenciarias (*Council of Europe, 1995*) ****.

3. Sobre la exclusión del espacio público

El aumento del delito genera una serie completa de barreras para impedirlo o gestionarlo. De este modo, se cuenta con una privatización del espacio público en términos de zonas de comercios, parques privados, lugares de esparcimiento, estaciones de ferrocarril, aeropuertos, junto con los ingresos a propiedades residenciales privadas. Estas precauciones que ahora constituyen lugares comunes están respaldadas por fuertes fortificaciones exteriores, patrullas de seguridad y cámaras de vigilancia. La industria de la seguridad, cuyo verdadero trabajo es la exclusión, se constituye en una de las áreas de mayor crecimiento (SOUTH, 1984). La ciudad, entonces, se convierte en una de barreras, excluyendo y filtrando, aunque debe ser subrayado que tales barreras no constituyen una mera imposición del poderoso; constituyen sistemas de exclusión, visibles e invisibles, creados tanto por el rico como por el desposeído (RUGGIERO y SOUTH, 1997), mas deben ser vistos como una *exclusión defensiva*. Por ejemplo, en Store Newington, el área de Londres donde yo vivo, uno encuentra comunidades cerradas de kurdos que viven en constante amenaza de violencia, de judíos hasídicos que se encaran con un difundido antisemitismo, hay centros de esparcimiento sólo para mujeres, escuelas con fuertes precauciones contra el vandalismo, etc. Por lo demás, debemos recordar que las más comunes barreras y de lejos las más costosas son aquellas que nosotros estamos forzados a erigir para proteger nuestras propias casas.

¿Hacia una distopía excluyente?

«No podemos imaginar a Europa que continúa dividida, no por la Cortina de Hierro en esta época, sino económicamente, en dos partes, una que es próspera y cada vez más unida, y otra parte que es menos estable, menos próspera y desunida. Tal como la mitad de una habitación no puede per-

**** N. del T.: debe remitirse a las previas N. del T.

manecer cálida por siempre, mientras la otra es fría, es igualmente impensable que dos diferentes Europas pudieran vivir por siempre una al lado de la otra sin detrimento para ambas» (HAVEL, 1996, p. 40).

¿Nos estamos orientando hacia una distopía de exclusión, en la que las divisiones se producen no sólo entre las naciones de Europa, tal como HAVEL sugiere, sino también dentro de las mismas naciones? ¿Puede una parte de la habitación permanecer por siempre cálida mientras la otra mitad está perpetuamente cerrada y fría? Para muchos autores semejante división entre mundos tiene su propia inevitabilidad y las formas de un todo opresivo funcionando. Permítasenos una mirada a sus componentes:

Un núcleo central

Una sección considerable de la población tiene trabajo de tiempo completo, con estructura de carreras y biografías que son seguras y firmes. Aquí se encuentra el reino de la meritocracia, de la igualdad entre los sexos (ambos, mujer y hombre, son compañeros de trabajo), de la estable familia nuclear, de una semana de trabajo que es tan larga cuanto se elevan los salarios comunes. Es aquí que el neoclasicismo opera en el sistema de justicia criminal, tal como la meritocracia impera en el trabajo y la escuela. Así se constituye un mundo graduado por la tasación de créditos y el perfil de los consumidores (después de todo, es *el* primer mercado), aunque en su exterior sea amable y apacible en sus relaciones y en el que, de más en más, el control social adopta un aspecto casi casual como propio de Disney (ver ERICSON y CARRIERE, 1994). Es un mundo en el que las exigencias de vida están comprensivamente cubiertas en su totalidad por el seguro, bien si es por salud, accidente, pérdida del trabajo o, claro, por victimización criminal. Es un mundo en el cual se hacen vacaciones en el tercer mundo, fuera de sus acostumbradas barreras, mientras se esquivan los enclaves tercermundistas que se encuentran en su interior.

Pero siempre se trata de un núcleo restringido. La parte de mayor crecimiento en el mercado de trabajo es siempre aquella del mercado secundario, en la que la seguridad laboral es mucho menos segura,

pues la estructura de carreras está ausente y porque la vida se experimenta de modo precario.

El cordón sanitario

Una clara línea divisoria se crea entre el grupo central y aquellos otros de fuera sobre la base de una serie de medidas que se establecen: a través de la planificación urbana, por las redes de carreteras que dividen las ciudades, por el cierre de las propiedades privadas, por la clausura de áreas a los fáciles accesos, pero, sobre todo, a causa del dinero. Son ejemplos de esto último: el costo del transporte público en la ciudad, el precio de los artículos en los comercios, la custodia de las áreas centrales —sean éstas zonas suburbanas de comercios o de desarrollo dentro de la ciudad— y supongan la existencia de policía privada o pública orientada a disipar incomodidades, barriendo las calles de ebrios, mendigos, enfermos mentales y todos aquellos que se reúnen en grupos. Se trata de una policía actuarial que calcula aquello que probablemente provoque desorden y descontento, que actúa respecto a lo inadecuado antes que arrestando al delincuente. Está asimismo asistida por la difusa introducción de la CCTV —cámaras de televisión por cable— (la cual de hecho es más efectiva respecto a las incivildades que en relación a delitos serios y planeados) y por la aplicación de numerosos trozos de legislación para el control de la conducta desordenada.

El grupo marginal

El grupo marginal se convierte en un chivo expiatorio para las dificultades que promueve la sociedad más amplia; todos ellos están constituidos por la clase subalterna, la cual vive en la desocupación y el delito. Sus áreas constituyen la morada de las madres solteras y los padres irreflexivos, mientras que sus economías se sostienen sobre las drogas, la prostitución y el tráfico de mercaderías sustraídas. Ellos configuran las impurezas sociales del moderno mundo tardío, a las cuales David SIBLEY, en su elocuente *Geographies of Exclusion* (Geografías de la Exclusión) (1995), ve como las víctimas de las reminiscencias geográficas del saneamiento y la moralización de los reformadores del siglo XIX. Mas, a diferencia de estos reformadores, hasta

1960 la meta no fue la de eliminar físicamente las áreas, sino la de integrar a sus miembros en el cuerpo político; ello es, mantener a raya y excluir.

Hasta 1980 la palabra "marginalización" fue usada para tales grupos; constituidos por gente a la que la Modernidad ha dejado atrás, constituyendo bolsas de pobreza y privación en la sociedad opulenta, pero desde la cual proviene la expresión "exclusión social" (ver FEYS, 1996), abarcando una mayor dinámica de expulsión de la sociedad y, todavía más, una disminución en la motivación para integrar al pobre en la sociedad. El neoliberalismo de la última parte de 1980 y de la década de 1990 no solamente intenta restringir los límites del Estado, también (quizá con más éxito) permite retroceder a los de la sociedad civil. No es la política pública, sino el mercado el que es visto como la única salvación posible, aunque las oportunidades de tal ampliado mercado laboral son extremadamente inverosímiles. Esta parte de la población está constituida por una amplia minoría étnica, produciendo así la posibilidad de ser utilizada como un fácil chivo expiatorio y de confundir las vicisitudes de clase con aquellas de raza.

El futuro de la exclusión

Toda esta argumentación sobre la exclusión podría ser, por supuesto, muy fácilmente descartada como un problema temporal. Las esperanzas de los políticos, tanto de los de izquierda como de los de derecha, a menudo dependen de un regreso al pleno empleo, o sea, a las sociedades incluyentes de los años de 1950. Desafortunadamente esta nostalgia, de todos modos perteneciente a las dos posiciones, parece ser temporal antes que proporcionen, en realidad, cualquier cambio de largo alcance. El futuro no augura nada bueno por dos razones a las que yo ya he hecho mención anteriormente. En primer lugar, la demanda por trabajadores manuales medios o no cualificados se ha contraído en todos los países del primer mundo. La globalización del capital ha significado que las fábricas del sur-este asiático pueden competir mucho más económicamente que aquellas de Europa y América del Norte. Los pobres están aislados en los guetos interiores de las ciudades, en Estados orbitales y en pueblos fantasmas donde el capital originalmente les orientó, dejándolos

varados en cualquier lugar, donde el trabajo era más barato y las expectativas más bajas. Esta exclusión es en gran escala —según la estimación de Hill HUTTON (1995) quizá de 30 por 100 de la población— y constituye un problema radicalmente diferente de las bolsas marginales de pobreza, características del período inmediato a la posguerra. Por lo demás, la completa entrada de China en la economía mundial provocará reflejos que eclipsarán con vastedad aquéllos de los “tigres asiáticos”. En segundo lugar, la introducción de un cada vez más sofisticado material informatizado por computadoras eliminará trabajos de baja clase media, al igual que hará más precarios aquéllos de escalones profesionales más bajos. La empresa más exitosa en el presente es una que aumenta su productividad mientras pierde trabajadores, no aquella que aumenta la envergadura de su personal. Tal como James FALLOWS señaló:

«El hecho más importante acerca de estos paros es que ellos resultan no de fracasos corporativos, sino de aquello que es definido como éxito; el progreso hacia un mundo de “libre tirantez” de la más eficiente producción y distribución. Pero ellos crean una sociedad de ganadores y perdedores que se hace desagradable para vivir, aun por aquellos que ganan» (1996, p. 18).

Sin embargo, a la vista de ello, es difícil comprender cómo tal sociedad distópica podría mantenerse a sí misma. ¿Cómo es posible contener dentro de sus fronteras una minoría permanentemente desposeída, en particular por quien ve la ciudadanía, en el más amplio sentido de igualdad social y política, como un derecho antes que como algo que es obtenido? Esto es, una sociedad que se aferra con firmeza a los valores de la meritocracia aunque niega a muchos su participación en la competencia. El cordón sanitario actuarial que separa el mundo de los perdedores de aquél de los ganadores, es un intento para obtener esto: hacer la vida más tolerable para los ganadores, mientras convierte en chivos expiatorios a los perdedores.

En alguna medida, los daños y las destrucciones producidos por los excluidos son limitados. Mucho más significativos son los esporádicos tumultos que se van produciendo a través del primer mundo. En Londres, Birmingham, París y Marsella ellos representan disturbios de ciudadanía. Se producen constantemente con el mismo diseño: una parte de las personas que se encuentra económicamente marginada está sujeta, a través del tiempo, a una sospecha estereo-

típica y a un hostigamiento por la policía. Esto es, no únicamente le son denegados sus derechos sociales, como ciudadanos, de acceso al mercado laboral en términos justos; ellos son tratados en las calles de una manera que ostensiblemente deniega sus derechos (ver LEA y YOUNG, 1993). La exclusión del mercado es, de manera interesante, igualada por la actuarial exclusión de la intervención policial que ya describí antes. Un simple incidente originado por una parcial intervención policial, usualmente actúa como disparador del mismo tumulto; esto representa, con bastante claridad, un *tumulto de exclusión* comparado con los motines raciales, los cuales poseen una naturaleza excluyente, o las insurrecciones cuyos fines fundamentales son los de volver a trazar la naturaleza de la ciudadanía.

En términos de objetivos, tales motines son invariablemente contenidos: ellos incluyen la destrucción de la comunidad local, el furor es directamente implosivo antes que explosivo. Los pobres amenazan con frecuencia los clubes de los caballeros de St. James; aterrorizan al pequeño comerciante de Brixton y Hansworth. Mientras tanto, tales áreas son arrasadas por aquello que podría llamarse como *los lentos motines* del delito, de las incivildades y del vandalismo; un mundo vuelto sobre sí mismo y, por momentos, poniendo cada persona contra la otra. Al propio tiempo, la línea actuarial de la actuación policial diferenciada, la zonificación y la prevención ayudan a mantener esto; efectivamente, esto ocurre hasta el punto que así se *desplaza* el delito desde las áreas de la bien protegida clase media hacia las menos protegidas de la clase trabajadora, lo que actualmente incrementa el problema (ver HOPE, 1995 y 1996; TRICKETT *et al.*, 1995). Existen límites, no obstante, para un semejante proyecto excluyente. Esto supone un paquete con dos componentes: uno material y otro cultural. Se trata de un proceso actuarial de administración de la exclusión y el riesgo, junto a un mecanismo cultural para producir víctimas propiciatorias: la creación de un otro desviado, espacial y socialmente segregado.

Mas, permítaseme antes hacer la distinción entre la situación material y la cultural en Europa occidental y en los Estados Unidos, puesto que existen importantes diferencias.

El sueño americano y el sueño europeo

El sueño americano consta de dos nociones muy específicas, ambas son: la de comunidad y la de oportunidad. Aunque el proceso de exclusión acontece en todos los países industriales desarrollados, es importante resaltar la naturaleza excluyente de la ideología norteamericana cuando ella es comparada con los ideales europeos. En el sueño americano el ideal es el de la igualdad de oportunidades: todos obtienen una posibilidad para competir en la carrera meritocrática, mas son los ganadores quienes alcanzan los premios, y naturalmente no los perdedores. Éstos fracasan a causa de sus cualidades individuales, es por sus *culpas* que ellos han perdido (ver MERTON, 1938). La noción de ciudadanía tiene, entonces, un fuerte acento de igualdad legal y política y mucho menos de igualdad social. Produce una sociedad insubstancial en la que la atención social y cultural se orienta hacia el triunfo, a la par que los ganadores obtienen cada vez más (ver FRANCK y COOK, 1996). En consecuencia, la ciudadanía social es algo que, en cierta manera, debe ser ganado mediante duro trabajo y energía ("el modo americano"); no se configura como un derecho a la ciudadanía.

Por contraste, en el sueño europeo se revela una acentuación mayor en los derechos de inclusión. En la realización del período de postguerra el Estado de bienestar enfatizó la característica consistente en que la ciudadanía social es tan importante como la legal o política. En esta competencia todos son recompensados según sus méritos y, aun aquellos que pierden, obtienen al final compensaciones para que les sea permitido gozar de las básicas necesidades vitales. El fracaso es menos visto como una culpa individual que como otra del sistema.

La mayor disposición a aceptar la exclusión económica en los Estados Unidos está respaldada por una mayor exclusión social y espacial. Los famosos "anillos concéntricos" de la Escuela de Chicago constituyen un símbolo de esta simetría entre la exclusión económica y la social. Semejante segregación vertical se encuentra reforzada por una mucho más amplia segregación horizontal entre las diferentes comunidades, aun cuando éstas se encuentren en el mismo nivel de opulencia.

Los Estados Unidos configuran una sociedad excepcionalmente bastante excluyente. La noción de la segregación étnica del desarrollo suburbano provoca escasas críticas. En efecto, la palabra "comunidad" ha terminado por ser usada como la forma singular de una entidad plural y aun la tan empleada de "comunitarismo" por Amitai ETZIONI (1993) no es el de la integración, sino el de los más importantes valores y los sentimientos compartidos (ver también WILSON, 1985). Con un más o menos divertido etnocentrismo, Marcus NELSON (1994) ve irónicamente cómo se desparraman las ciudades "divergentes" de los suburbios cuando las compara con la heterogeneidad de las "convergentes" de los pueblos y los centros urbanos de Europa y el pasado norteamericano (incluyendo Manhattan). A tal efecto, él instruye a sus estudiantes para que comparen Los Ángeles con las «antiguas ciudades convergentes de Europa, por ejemplo, París, Ámsterdam, Bruselas, Copenhague y Estocolmo» (p. 171). Todo esto recibe una crítica radical de William Julius WILSON (1996), quien señala la necesidad de revertir los niveles de suburbanización mediante la reparación de las negadas características de los centros de las ciudades norteamericanas con el fin de emular aquellos de Europa, y así obviar la costumbre a través de la cual los grupos carentes son espacialmente aislados ⁴.

Las políticas públicas y sociales que en los Estados Unidos han permitido una no estricta suburbanización, las fugas de las ciudades y el deterioro de los centros urbanos, no se han manifestado totalmente en Europa. Sin semejante segregación, la habilidad para dar una relación espacial a una inconfundible clase subalterna no existe, pues, de verdad, ni tampoco se da el marco social en gran escala, toda vez que hay una falta de cualquier referencia orientada al mundo cotidiano del trabajo. En su conjunto, la exclusión social y espacial

⁴ Al hacer su incisiva comparación de Woodlaw, en la parte sur de Chicago, con La Courneuve, en el círculo exterior de París, Loic WACQUANT (1996) señala el papel crucial del Estado en el proceso de exclusión. El medio Estado de bienestar de los Estados Unidos apuntaba antes, que desvía la sociedad de mercado. El "desamparo del Estado" en Chicago y la retirada de las instituciones públicas tiene lugar en esta "reserva racial" espacialmente segregada. La Courneuve, en París, si de algo padece es de una "sobrepeneetración" de las agencias estatales y las organizaciones públicas. Por lo demás, es mixta étnica y socialmente. «Los enclaves raciales, tales como los de la parte sur de Chicago» son, él anota, «desconocidos en Francia y en toda Europa por este aspecto» (1996, p. 560).

no ha tenido lugar en Europa en la medida que se ha dado en los Estados Unidos.

Con estas advertencias en mente, permítasenos ir ahora hacia los problemas generales que limitan la exclusión material y cultural.

El cordón sanitario

La heterogeneidad de la ciudad, tanto en la vivienda urbana como también en la necesidad de ampliarla a la mayor extensión urbana por razones de trabajo y esparcimiento, hace muy difícil el aislamiento de diversas poblaciones. En verdad la ciudad —sea Manhattan, París, Barcelona o Roma— es algo que se hace atractivo por su propio derecho, cuando el *frisson* (estremecimiento) de la diferencia asombra constantemente, confunde y a veces alarma: «La veloz aglomeración del cambio de imágenes, la aguda discontinuidad en el alcance de una única mirada, y lo imprevisto de las impresiones en avalancha», como George SIMMEL escribió en *The Metropolis and Mental Life* (1950) (La metrópolis y la vida mental), y el emporio de roles y posibilidades son atractivos centrales de la “ciudad blanda”. La línea actuarial, el cordón sanitario del control es, entonces, difícil de realizar y quizá más todavía en un mundo en el cual se enfatice la diversidad, el pluralismo y la opción.

Mas, existe otra importante razón por la cual el cordón sanitario es incapaz de proteger el “honesto” ciudadano del delito y el desorden. Ello así, pues la noción relativa a que el criminal es un enemigo externo resulta fundamentalmente imperfecta. En efecto, la carencia relativa y el individualismo se producen a través de la estructura de clases: la existencia de un extendido delito de cuello blanco (ver LEA, 1992) y de delitos entre la “respetable” clase trabajadora nos permite escasamente distinguir al delincuente del no delincuente. En términos de violencia, como Jayne MOONEY ha demostrado (1996), ésta no está únicamente distribuida a través de la estructura de clases, puesto que toda la violencia contra hombres y mujeres se produce dentro del hogar.

Por lo tanto, el cordón sanitario debe fracasar porque la quinta columna de los infractores se encuentra en los suburbios, en los trabajos, o en una de las calles locales; en verdad, las oportunidades

de violencia provienen mayormente de un amigo cercano o de un miembro de la familia antes que de un extraño.

La función de chivo expiatorio

«Debería parecer que este problema, objeto de este libro, ha sido largamente eclipsado por fuerzas que han roto antiguos límites y creado un mundo de identidades fracturadas, hibridizadas y fusionadas. Por ejemplo, el fin de la guerra fría ha producido una retórica particularmente poderosa que soportó un límite redundante entre “bueno” y “malo”. Las migraciones de personas y culturas han dado al sur una mayor presencia en el norte que en el pasado y no precisamente en centros cosmopolitas establecidos como Londres, París o Nueva York. En la academia, los textos posmodernos han borrado las identidades previas de los sujetos.

Yo dudo, sin embargo, si estas transformaciones culturales, políticas y sociales han hecho a la gente menos temerosa, menos interesada en mantener una distancia con los demás, menos excluyente en sus comportamientos.

El mapa político mundial en 1994 estaba repleto de nuevos, fuertes límites que han sido fijados para asegurar la homogeneidad cultural y, en el nivel local, la hostilidad hacia grupos ajenos como los “New Age Travellers” (Los viajeros jóvenes) en Inglaterra y Gales y las minorías étnicas en buena parte de Europa no es menos aguda que lo fue antes “la desaparición del mundo moderno”. El deseo de una identidad purificada que requiere la distante presencia de un mal objeto, otro discrepante, parece no estar afectado por el entrecruzamiento de culturas actuales que son características del reciente cambio global» (1995, pp. 183-184).

Entiendo que David SIBLEY, en la cita anterior, comete el error de creer en la retórica del tiempo para comprender la realidad. Es fácil equivocarse los cantos de sirenas sobre los valores básicos para interpretar la melodía vigente, mas existen canciones que han estado fuera de moda por largo tiempo y que festejan un mundo que nunca retornará; en tal sentido, sus mismas insistencias se deben a un incipiente fracaso, convirtiéndose así en símbolos de un mundo que más bien se ha perdido, antes que de una triunfante hegemonía. La cita se convierte en una ironía porque ella se formula en el momento en que se está produciendo una difundida exclusión y cuando el sis-

tema existente requiere de justificarse más a sí mismo que a la tradicional ideología que comienza a perder su vigencia.

Las ideas se convierten todas en más necesarias precisamente cuando ellas se hacen más inverosímiles. Se hace difícil crear la noción del otro desviado cuando:

— el delito es tan «normal y abundante que es *inverosímil* asumir que él es todo o en buena parte debido a una clase subalterna o a los inmigrantes o a un grupo especial de gentes llamadas “criminales”»,

— los medios de comunicación están demasiado dispuestos a concentrarse no únicamente en la irresponsabilidad del fondo de la estructura social, sino también en la sordidez de la cúspide. Sería un ciudadano simplista el que hoy creyese que el delito y la desviación constituyen un monopolio de las clases bajas;

— las causas están muy generalizadas para ser atribuidas a un particular grupo exterior. ¿Quién no conoce una familia que se ha roto, una madre soltera llevando adelante sus hijos, un amigo que se ha convertido en desempleado? En un mundo precario sería un insensato quien no pudiera ver la posibilidad que él mismo pudiera encontrarse en semejantes apuros;

— la relativa ausencia de segregación en Europa, comparada con Estados Unidos, hace mucho más difícil ubicar espacialmente a un desviado aislado.

Una clara señal de esta hegemonía que colapsa lo constituye el fenómeno de los pánicos morales. Angie McROBBIE y Sarah THORNTON (1995) han analizado la transformación de los pánicos morales en el último período moderno. Las autoras destacan los siguientes rasgos:

- *frecuencia*: los pánicos morales aumentan en frecuencia.
- *refutación*: ellos son refutados: los expertos y los grupos de presión discrepan tanto acerca de la naturaleza del pánico cuanto, de manera más importante, en saber si existe al menos una base para un pánico, p. ej., el pánico moral en relación a las madres solteras es fuertemente resistido.
- *reflexividad*: la noción de pánicos morales ha entrado en el lenguaje, de modo que es común su uso por políticos, periodistas y empresarios en el intento de desencadenar tales pánicos morales.

— *dificultad*: los pánicos morales son más difíciles de desencadenar, no sólo porque ellos son impugnados, sino por cuanto «los duros y sólidos límites entre “normal” y “desviado” parecerían ser menos comunes» (1995, pp. 572-573).

— *rebote*: los pánicos morales pueden ser fácilmente rebotados: ello así cuando una prensa conservadora tiene un ávido interés comercial en examinar las credenciales de aquellos que claman por el elevado terreno moral. Por ejemplo, las tentativas por volver al mundo de inclusión de los años de 1950, lamentablemente fracasadas. El Gabinete del Primer Ministro John Major, el gobierno y los entonces diputados fueron despiadadamente examinados por los medios acerca de sus valores básicos habiéndose lamentables fallos. Amantes abundantes, familias rotas constituían lugares comunes, pecadillos sexuales fueron analizados, el pánico moral rebotó sobre ellos mismos.

McROBBIE y THORNTON señalaron semejantes cambios como el resultado de una vasta expansión y diversificación de los medios de comunicación. No existe duda que tal competencia por la audiencia ha incrementado infinitamente la velocidad con que los intentos de pánico son formuladas, pero nosotros debemos buscar también la manera de exigir cómo éstas se favorecen si pretendemos entender sus proliferaciones. El nivel de ontológica inseguridad de las audiencias en una sociedad pluralista convierte la revelación de la desviación, seguida por el reaseguro de los límites de normalidad, en algo extremadamente atractivo. En verdad, una plétora de programas de entrevistas, de Oprah Winfrey a Ricki Lake, aborda diariamente una cantidad de problemas. En ellos se procura afirmar la normalidad en un mundo que, como McROBBIE y THORNTON han señalado, resulta cada vez más incierto. La industria de la revelación está por consiguiente asociada con un consejo personal y un servicio terapéutico (ver GIDDENS, 1992).

El centro no puede aguantar: los fragmentos de la periferia

Jimmy FEYS habla del proceso de exclusión que resulta de una crisis de identidad en el excluido. Esto es ciertamente verdad, mas la crisis no se da sólo en aquellos que están en el borde de la sociedad, sino en quienes se encuentran en el centro de la misma. La ontológica

inseguridad de un mundo plural, donde las biografías no llevan más a los actores por caminos consagrados y en la que la reflexión es una virtud, no da lugar a ninguna satisfacción propia o a la petulancia de ser. Tampoco existe un desviado fijo fuera de quien otorga la certeza de ser el reverso de todo aquel que es absolutamente correcto y virtuoso. La mirada de la Modernidad tardía observa el mundo buscando los firmes y tranquilizadores contornos del otro; pero la mirada titubea, la cámara se supone que produce una fuerte atención, mas las imágenes del otro emergen borrosas y como mosaicos, por momentos algunos fragmentos parecen fotos de la propia familia y de amigos; la mano sujeta resueltamente, pero las fotos continúan borrosas.

Conclusión: las noticias desde Gante

En este capítulo he descrito la transición que tuvo lugar desde una sociedad de inclusión a otra de exclusión. Esto es, desde una sociedad que tanto material como ontológicamente ha incorporado a sus miembros y que ha procurado asimilar la desviación y el desorden, hacia otra que supone un extendida precariedad, tanto material como ontológica, con la que se responde a la desviación mediante la separación y la exclusión. Semejante proceso es guiado por cambios en las bases materiales de las sociedades industriales avanzadas, desde el fordismo al postfordismo, representando el movimiento dentro de la Modernidad tardía.

Mi segunda tarea fue la de hurgar tanto en los cambios acaecidos en la cuestión del delito y el desorden, cuanto en los producidos en las bases materiales. La fundamental dinámica de exclusión es el resultado de las fuerzas y los valores del mercado que contribuyen a generar un clima de individualismo. Esta situación tiene un efecto tanto en las causas de (a través de una relativa carencia e individualismo) como en las reacciones contra el delito (mediante la precariedad económica y la inseguridad ontológica). Las exclusiones que se manifiestan en la superficie de este proceso primario constituyen intentos de encarar el problema del delito y el desorden que él mismo engendra. *Ellos están generalmente fundados en un error de percepción, aunque tal error se comete sobre un problema real y no imaginario.* El delito en sí mismo es una exclusión, como asimismo lo son los

intentos para controlarlo mediante barreras, encarcelamiento y estigmatización. Semejantes procesos exacerban a menudo el problema con una dialéctica de exclusión, pese a que los cambios que tienen lugar en los florecientes aparatos del control del delito configuran, a largo plazo, una respuesta a este aprieto. Así también existen teorías del delito que se desenvuelven en este período; tales como la nueva criminología administrativa con su actitud actuarial que refleja el aumento en el riesgo de gestión como una solución al problema del delito; la popular teoría de cero-tolerancia formulada por James Q. WILSON, con el fin de eliminar incivildades en determinadas áreas; o la noción de una clase subalterna constituida por madres solteras y padres irresponsables propuesta por Charles MURRAY, la cual suministra una base ideológica a la exclusión. De esta manera las teorías excluyentes se producen en el tiempo de la exclusión social. Ninguna de ellas sugiere un reduccionismo, aunque insisten en la existencia de una fuerte continuidad de influencia entre las bases materiales de la sociedad, los niveles del delito, los aparatos del control del delito y la criminología en sí misma.

Por último, he prestado atención a las demandas de especificidad y he contrastado las situaciones materiales y culturales en Europa occidental y los Estados Unidos. No hay duda que tal contraste es muy esquemático, puesto que las diferencias que existen en el interior de Europa son inmensas, aunque la constante tendencia a generalizar de los Estados Unidos a Europa, sin conocimiento de las profundas diferencias culturales, debe ser resistida.

En lo que atañe al futuro, el escenario mostrado por Edard LUTTWAK parece claro: la combinación de una creciente anarquía y una precariedad económica es una fórmula que puede conducir a una siempre creciente punibilidad y a una búsqueda de "cabezas de turcos", todo ello, probablemente, con un fuerte trasfondo racista. La historia anterior a la guerra en Europa constituye un desalentador presagio para semejante escenario. En este capítulo yo he sugerido que parece darse una cierta inevitabilidad en tal proceso, pues, en verdad, poderosas fuerzas están socavando la expresión de una "fructuosa" política excluyente, bien actuarial o cultural. Sobre tales fuerzas se deben asentar las políticas progresistas. En un mundo en el que más y más puestos de trabajo se convierten en precarios, en el que las familias son con frecuencia inestables, y en el que se verifica un amplio conocimiento sobre personas de otras culturas, no es segu-

ramente difícil comprender el aprieto que produce el desempleo, el simpatizar con la madre soltera, compenetrarse con y, de verdad, gozar de las diferencias culturales. La creación de los diablos populares no está facilitada por el tardío mundo moderno. Mas, lo que es necesario son políticas que acepten al excluido y a aquellos cuyas posiciones sean precarias. Necesitamos políticas que partan de los bordes y que vayan tan lejos cuanto sea aceptable (lo cual supone un largo camino), antes que aquellas que nacen en el centro y van hacia fuera tanto cuanto ello sea caritativo (lo que no está muy distante). La nostalgia socialdemócrata por un mundo incluyente como el de los años de 1950, con pleno empleo, familia nuclear, y la comunidad orgánica constituye hoy un sueño imposible. Tal como nuestros amigos de Gante han señalado (HOFMAN, 1993 y 1996, y LIPPENS, 1994 y 1996) cualquier realismo que tenga como su agenda fundamental, la reducción del delito mediante un regreso a aquellos tiempos, está condenado al fracaso. La tarea de aconsejar nuevas formas de comunidad, de empleo que no sea totalmente dependiente de los caprichos del mercado, y las nuevas como emergentes estructuras familiares, es un asunto primordial.